

POLÍTICA DEL TALLER.

LA MUJER EN LAS FÁBRICAS.

V.

¿Quién nos dará el remedio? ¿el Estado ó la iniciativa de los particulares, las leyes ó las costumbres? Los que acuden al Estado no concuerdan en la manera de darle intervencion: unos, y son los ménos, quieren cerrar todas las fábricas á las mujeres; otros, y son los más, se contentan con sujetarlas á reglamentos oficiales.

Es natural que la prohibicion absoluta cuente con pocos partidarios. En el terreno del derecho es la negacion de la libertad del trabajo: en el político y en el económico es decretar la ruina de la industria, ó cuando ménos, introducir en ella una perturbacion irremediable.

El derecho y el deber de trabajar son leyes naturales de la humanidad, y no atributo especial del sexo masculino. Atrévase quien quiera á demostrar lo contrario: atrévase á probar que la mujer carece de necesidades, ó que no hay para ella ni utilidades ni valores, ó que para obtener estos valores no posee virtud propia y necesita siempre y sin remision del *esfuerzo* de su compañero. Si esto fuese verdad, la distribucion económica del género humano sería sencillísima; mitad productora, mitad consumidora; y los que rompiendo así la unidad de la especie, apartan á la mujer de toda fatiga corporal, de toda actividad y movimiento para no dejarla más que el goce, la vida pasiva y el quietismo, no aciertan á ver que, léjos de levantar su nivel, contribuyen á ponerla en una dependencia parecida á la de las personalidades incompletas, ó á la de los seres inferiores, á la tutela del niño, á la perpetua minoría del incapaz ó á la condicion abyecta de los irracionales.

Acerca de esto no puede caber duda, y todos estamos de acuerdo en que la ley del trabajo es comun á ambos sexos. ¿Por qué no lo hemos de estar tambien en las formas del trabajo? Admitimos una ley comun á hombres y mujeres, ¿y no admitiremos en todas las condiciones naturales y esenciales de esta ley? Y si la primera condicion del trabajo

es la libertad, si así lo hemos declarado ó consentido al deshacer los gremios, si no queremos torcer la vocacion de los hombres, si á todos les concedemos igual derecho para trabajar cuándo, cómo y en donde mejor les pareciere, ¿por qué hemos de obrar de distinta manera con las mujeres? ¿En virtud de qué principio vamos á sustituir la voluntad de un legislador ó la opinion particular de un gobernante á lo que resulte de las necesidades de la industria ó de la importancia, destreza, inclinaciones y, si se quiere, tambien necesidades de la poblacion femenina en cada comarca?

¿Hay sobra de manos en las fábricas y escasez de verdaderas madres de familia en el hogar del pobre? No curareis este mal cerrando la fábrica á las operarias. Por de pronto abrireis un gran vacío en la manufactura; y miéntras llenais con jornaleros los claros que deje la mujer, trastornareis todos los elementos actuales de la produccion, provocareis una crisis de salarios, y llevareis, no un consuelo, sino una nueva penuria á las buhardillas. Entónces sí que envilecereis el jornal de los hombres, lo cual, por sensible que siempre sea, puede de alguna manera compensarse cuando procede de la marcha natural de las cosas; mas si es efecto de un golpe de Estado, no tiene justificacion ni fácil enmienda. Tampoco las tendrá el inmenso perjuicio que vais á causar á las mujeres que trabajen en su casa ó estén ocupadas en talleres pequeños. Sobre ellas vendrá á caer inmediatamente el aluvion de las que iban á las fábricas: para un mercado tan reducido, la oferta de brazos será enorme: las que ganaban algo, perderán; las que intenten ganar, recobrando lo que les quitasteis, ó no hallarán acomodo, ó tendrán que allanarse á una retribucion mezquina y más precaria. De manera que, habiéndoos propuesto suprimir una sola forma del trabajo femenino, acabareis por mermarlas todas, *dejando á la mujer sin valor industrial.*

En esta cuestion es muy comun que los partidarios de medidas extremas, como Larcher y otros parecidos, ó no den importancia á aquellas *menudencias*, ó afecten desentenderse de ellas. He leído que cierto doctor belga, celosísimo higienista y ardiente sostenedor de la exclusion absoluta, cuando le preguntaban cómo iba á dar colocacion á las excluidas, contestaba con el mayor donaire:—¿Y á mí, qué? Nada tengo que ver con esto.—¿Cómo entablar discusiones con hombres de esta especie? A fuerza de qui-

* Véase el número anterior, pág. 121.

tarse de encima molestias y dificultades, llegan á olvidarse de lo práctico y elemental. Díganme, si vienen á España, de qué manera conciliarían la exclusión absoluta de las fábricas con la condición civil de nuestras mujeres. Hasta los 25 años gozan del beneficio de menores; pero si son de clase pobre y pueden ganarse el sustento en una fábrica, ¿qué curador ni qué juez les impedirá estipular su jornal con un maestro? Si son casadas, hay de por medio la autoridad marital: ¿la cambiaremos por la del Estado? ¿Quitaremos al marido el derecho de dar licencia expresa ó tácita á la mujer para contratar? O, á fin de conceder este derecho al juez, ¿apelaremos siempre á la ficción legal de que el esposo se halla en estado de demencia, ó habiéndose ausentado no se espera su venida, ó haya peligro en la tardanza, únicos casos en que las leyes de Castilla se desentienden del marido? Dirán que esto se remedia fácilmente con algunas alteraciones en el Código civil. Fácilmente no, porque esto significa un cambio en la organización legal de la familia, tarea gravísima si nos ha de servir de base para limitar los recursos de la mujer *cuando es casada*, es decir, precisamente cuando más falta le hacen para atender á las nuevas obligaciones que contrae.

Afortunadamente no hay gran peligro por este lado de la prohibición absoluta, que, según he dicho, tiene muy contados partidarios. Lo que más generalmente priva es la reglamentación, sistema practicado en Inglaterra, y vivamente apoyado por los doctores alemanes y toda la falange de neo-socialistas.

VI.

Cómo Inglaterra, siendo tan consecuente con la libertad industrial, se ha dejado tentar por el sistema reglamentario en la cuestión de operarias, no es fácil adivinarlo. Hay en Inglaterra muchas contradicciones por este estilo. Pueblo que sabe hacer la mejor política democrática con ser el más aristocrático de la tierra; que preciándose de culto toma por diversion favorita el más brutal de los pugilatos; que enseña el ahorro á los demás pueblos, y no hubo gente más manirotta que sus lores hasta muy entrado este siglo, ni hez social más *aguardentosa* que la suya en todos tiempos; caballeresco si le miramos por el perfil de sus caudillos ilustres, pura prosa cuando nos acordamos de las pensiones de Marlborough y de las libras esterlinas con que se compraban los empleos del ejército; generoso hasta el heroísmo cuando rompe las cadenas de los negros, egoísta y cruel cuando harta de opio á los chinos y consiente las tratas de *coolies*; á veces republicano hasta el delirio, y otras tan abyecto cortesano que apenas le conmueven las torpezas y villanías de un Jorge IV; nación que hace un gran

ministro del impuro y descreído Bolingbroke, como de un Pitt ó de un Canning, y casi un académico del excéntrico y desaliñado Carlyle, como del severo y elegantísimo Macaulay; pueblo que con ser el grande apóstol del libre cambio, todavía hace escarceos proteccionistas con nosotros en la cuestión de vinos: tal es la nación inglesa, toda espíritu y perfección para Montesquieu, materia y tienda para Napoleón, sublime para unos, para otros estrecha y mezquina, para todo el país de los contrastes.

Las leyes inglesas reglamentaron el trabajo de los niños mucho antes que el de las mujeres; pero ya tomada esta senda, las restricciones legales fueron menudeando; que una vez puesta en la pendiente, la manía de reglamentar no conoce límites ni freno. Empezaron por fijar el máximo de horas que puede trabajar la operaria de una fábrica; después le prohibieron el trabajo de noche; más tarde dictaron reglas para las industrias insalubres, y últimamente, cobrando ánimo el legislador, la emprendió con los talleres pequeños, y, si no se atrevió con el trabajo casero, fué sin duda por el profundo respeto que inspira á los ingleses el principio de la inviolabilidad del domicilio.

Los franceses no han tenido aliento para tanto, y solamente en 1848 limitaron á doce horas el trabajo de las fábricas por una ley común á ambos sexos. Después de aquella fecha, y principalmente en estos últimos tiempos, el trabajo de la mujer se ha tomado por tema favorito; y lo que saco en conclusión de la vivísima polémica entablada sobre el asunto, es que los escritores más exigentes, contando en este número á los neo-socialistas, se contentarían con que la ley fijase cuatro condiciones á la industria de la mujer: 1.ª, limitación de las horas de trabajo; 2.ª, prohibición absoluta del trabajo de noche; 3.ª, medidas de salubridad para ciertas industrias; 4.ª, aplicación de la ley á todo establecimiento que emplee más de diez jornaleras, aunque no haga uso de motores hidráulicos ó de vapor. Concretado á estos extremos el sistema reglamentario, veamos el influjo que cada uno de ellos pueda tener en la condición general de la operaria.

Prescindo desde luego de las medidas de salubridad, y lo hago por dos razones. La primera, porque estas medidas pertenecen á la higiene pública, y el grado de intervención que en ella haya de tener el Estado se enlaza con razones y fundamentos extraños á la cuestión industrial. La segunda, porque las reglas higiénicas que se dictan para las industrias insalubres han de ser comunes á hombres y mujeres, y aquí tratamos únicamente de leyes aplicables á las segundas. Lo mismo digo de la limitación de horas de trabajo, tal como la entendió la ley francesa de 1848, y como la entienden ahora los socialistas alemanes de la cátedra. Tanto aquella como éstos fijan

la duracion legal del trabajo en doce horas, pero la fijan *para ambos sexos*, es decir, que aquí no atienden á la condicion *especial* de la mujer sino á la condicion *general* del operario. Es un principio limitativo de la contratacion de la mano de obra, que poniéndonos en otro terreno, á otro terreno debe llevarse y pienso llevarlo.

Los ingleses son los únicos que han limitado las horas de trabajo *para las mujeres*, reduciéndolo á sesenta horas por semana á razon de diez diarias, con una pequeña rebaja los sábados. El trabajo de los hombres no tiene limitacion legal, la de los niños tiene otro fundamento. Claro está, por consiguiente, que en Inglaterra se ha atendido á la condicion de la mujer. ¿Se ha conseguido mejorarla por este camino? ¿Se ha logrado el objeto primero y principal de ir la atrayendo al hogar doméstico, poniéndola en mejor disposicion de atender á los menesteres de la casa? Las diez horas deben tomarse, segun la ley, entre las seis de la mañana y las seis de la tarde. ¿No son todavía demasiadas para distraer de la familia á la operaria? ¿No son las más precisas para los quehaceres domésticos? ¿Tendrá que consagrarles las horas de sueño á fuerza de madrugar ó acostándose á deshora? Pues entónces, ni siquiera se consigue el resultado que ha tenido á la vista la ley inglesa y parece haber sido economizar las fuerzas de la mujer con un trabajo más moderado que el de los hombres. Esto bastaría á mi juicio para demostrar la ineficacia de los reglamentos; que por lo demas, si con ellos se pretende disminuir la concurrencia de las mujeres á las fábricas, ya se ha visto que lo desmiente la misma Inglaterra con su creciente número de operarias.

Tampoco veo grandes resultados en la prohibicion legal del trabajo de noche, porque no se consigue el ideal de separar á la mujer de la fábrica, y se coloca en una situacion crítica á aquellos establecimientos que, por su índole especial ó por circunstancias del momento, no pueden interrumpir de noche sus trabajos.

Pero donde se toca más de cerca la ineficacia de esta clase de disposiciones y mejor se advierte lo que tienen de arbitrario y caprichoso, es en los talleres reducidos, cuando el legislador intenta llevar á ellos su criterio particular sobre moralidad y economía de fuerza. Tomemos el acta inglesa de 1867, que extiende la reglamentacion á toda clase de talleres grandes ó pequeños. Si la operaria está ocupada en un taller, su trabajo no podrá exceder de doce horas, y realmente no serán más que diez y media, porque hay que descontar seis cuartos de hora para las comidas: tendrá libres los domingos y á las dos de la tarde se le dará punto los sábados. Pero nada de esto es necesario cuando la operaria trabaja en un establecimiento que no emplea más

de cinco personas y cuyas tareas se limitan á fabricar artículos destinados á venderse al pormenor ó á simples reparaciones ó composturas de los del mismo linaje. ¿Quién me explicará el motivo de estas diferencias? ¿Es que en una reunion de cinco personas el trabajo es ménos penoso y su duracion más llevadera? ¿Es que es más santo ó más desahogado los domingos, ó ménos ocasionado á distraer á la mujer de sus quehaceres ordinarios? Ni esto es verdad, ni caben tales metafisicas en la positivista Inglaterra. Como las reglas de policia exigen naturalmente una inspeccion rigurosa y esta tiene su límite constitucional en el domicilio del ciudadano, los ingleses se han echado para la industria á trazar este límite á la buena de Dios y á la ventura: de cinco operarios abajo, domicilio; de cinco para arriba, taller ó fábrica. ¿Es esto serio, por mucho que lo bauticemos de inglés? ¿Es así, con minucias de esta especie, como darían satisfaccion nuestros reglamentistas á las poderosas exigencias del recato, honestidad y atraccion de la mujer al seno de la familia?

VII.

Desengañémonos: esta atraccion jamás será repentina, ni la hará por sí ningun gobierno. Conviene que se verifique y se verificará; mas ha de ser por medio de una trasformacion lenta y sucesiva, que la iniciativa particular, individual ó colectiva, operará *en las costumbres* con incansable perseverancia. Si esta opinion pareciere sospechosa viniendo de personas amigas de los economistas liberales, citaré el testimonio de Julio Simon, que en Economía política es un simple aficionado, y pasa más generalmente y con razon por docto filósofo y profundo moralista. «Es de desear, dice, que las mujeres se vayan alejando de las fábricas, pero no esperéis que sca por un decreto. Ellas las dejarán, y si no lo hacen, armémonos de paciencia y continuemos esparciendo la buena semilla.»

Puede que la idea de J. Simon no sea tan absoluta como indica su lenguaje. Ya nos contentaríamos con que fuese decreciendo el número de operarias de fábrica sin necesidad de que la abandonen todas. Sea como quiera, esta es cuestion incidental: lo que importa es averiguar *or dónde* empezaremos á obtener la disminucion ó el alejamiento absoluto si á tanto se aspira.

Por dónde empezar nos lo diría en seguida y con su habitual desenfado la escuela emancipadora. Me estoy figurando hasta dónde nos llevaría para buscar la raíz de la trasformacion libre de la operaria. No bastaría la operaria; sería preciso transformar la mujer, y de depuracion en depuracion y de ideal en ideal, subiríamos hasta la deificacion del sexo bello,

hasta aquel *Eterno femenino* que el coro místico de Goethe deja caer como una esperanza en el yerto corazón de la pobre Margarita.

Por mi parte, no veo la necesidad de irse á perder entre estas nebulosidades para encontrar la raíz de una simple trasformacion industrial. No diré que sea fuera del caso averiguar si todas las diferencias de derechos que las legislaciones actuales establecen entre los dos sexos están justificadas por la misma naturaleza de las relaciones sexuales. Pero quédese esta tarea para el filósofo y el jurisconsulto. Ellos analizarán, como es debido, la personalidad jurídica que hoy por hoy tienen reconocida las mujeres: ellos cuidarán de rehacerla, si por ventura no está muy conforme con el progreso de los tiempos: á ellos toca decidir si en el orden civil ó en algun otro existen ciertas desigualdades de que convenga relevar á la mujer por no tener otro origen que el derecho del más fuerte. Entre tanto, la prudencia nos aconseja encerrarnos aquí en el aspecto puramente económico de la cuestion; y esto sentado, vuelvo á preguntar por dónde empezaremos. ¿Qué nueva forma ha de dar la libertad al trabajo de las mujeres? ¿Pretenderá tambien suprimir el trabajo en comun y reducirlo todo á doméstico?

Pongámonos primero de acuerdo en el sentido de las palabras. ¿Qué clase de trabajo queremos reservar á las mujeres? Una labor sosegada, bien retribuida, de moderada duracion y con excelentes condiciones de moralidad. ¿Concurren estos requisitos en el trabajo por el mero hecho de ser doméstico? ¿Dejan de concurrir en él por el mero hecho de ser de fábrica ó taller? ¿Qué es trabajo doméstico, qué es trabajo de taller cuando nos referimos á la vida industrial de un pueblo? Ambos tienen idéntico fin, porque, en lenguaje industrial, no podemos llamar doméstico al trabajo que atiende únicamente á las necesidades de la familia, sino al que sirve lo mismo que el de fábrica para la generalidad del consumo. Aceptemos este sentido genuino, y ya nos andaremos con algun tiento ántes de conceder la palma al trabajo doméstico. ¿Es la comodidad, es la higiene, es la brevedad lo que buscamos? La fábrica puede consumir lentamente las débiles fuerzas de la operaria; pero al fin la tarea se reparte entre muchas: hay ventilacion; hay luz; hay espacio; hay un reglamento interior que tiene tasado el tiempo. No es fácil calcular cuánto hemos mejorado en esta parte, gracias á la simultánea diligencia de la ciencia y de la industria. Ya lo reconocen y declaran los escritores ménos inclinados á la vida de fábrica. Todo se ha perfeccionado, dicen, en beneficio de la operaria: telares, procedimientos, cuadras, escaleras. Lo que ántes era sórdido y estrecho, lo que asfixiaba, es ahora desahogado, pulcro y casi elegante. Elegante, sí, porque los fabricantes no tienen en ménos

estima la belleza de los locales que la de sus artefactos.

¿Cuántas operarias domésticas se darían por satisfechas con la mitad de estas ventajas! Vedlas en su desvan junto á una labor ingrata: atadas como en un potro durante doce, catorce y á veces diez y seis horas; si es con máquina de coser, amenazadas de tisis; si son bordadoras ó encajeras, con peligro de la vista ó de otras alteraciones orgánicas; en verano con un calor sofocante; en invierno transidas de frio; algunas noches sin dormir porque apremia la tarea. Esto que ha ejercitado tantas veces el pincel de novelistas y dramaturgos no es exageracion, no es fantasía; es pura realidad y moneda muy corriente. ¿Lo compensa siquiera el salario? Triste compensacion, porque la salud no tiene precio; y aunque tan triste, tampoco la conseguimos. Reuniendo los estadistas algunos datos recogidos en Inglaterra, Francia y Bélgica, demuestran que ha ido subiendo el jornal de las mujeres en la grande industria, mientras que el de los talleres particulares se ha estacionado. Admitamos todavia que ambos hubiesen aumentado en la misma proporcion, y siempre estaría la ventaja del lado de la fábrica. Quiero que la tarea sea igual, igual la fatiga, igual la duracion y el jornal, por ejemplo, de dos pesetas. ¿Qué falta para una igualdad perfecta? Dos condiciones esenciales: la seguridad y la constancia. Por regla general, más difícil es colocarse en taller particular que en fábrica grande, y en esta el trabajo es más seguido porque son menores las contingencias de una paralización.

Tocante á moralidad, si no nos contentamos con la propia experiencia, hablen las personas diligentes que han ido examinando la cuestion de la operaria region por region, taller por taller é industria por industria. Desde que Villermé nos trazaba aquellos cuadros tan sombríos de desmoralizacion en las fábricas, han pasado bastantes años: hoy ha venido Reybaud, y estudiando punto por punto la fabricacion francesa, no sabe dónde contar más víctimas de la disipacion, si en los talleres domésticos ó en los comunes; y en cuáles de los nuestros sean más frecuentes las ocasiones de pecar, dígalos el que se dé una vuelta por tiendas y obradores.

Mucho convendrá tener en cuenta estas indicaciones si no queremos que nuestra deseada trasformacion quede reducida á un mero cambio de sitio. Para esto sí que bastaba la varita mágica del Estado, y es una de las razones que prueban mejor su ineficacia.

A otra clase de trasformacion más profunda y valedera se prestan las costumbres de algunos países. Las de nuestros vecinos facilitan á la mujer un sinnúmero de ocupaciones finas, sosegadas y decorosísimas, sea en el comercio, sea en el gobier-

no y administracion de compañías, sea tambien en las industrias elegantes. Taine dispara su lengua mordaz contra esta moda de que las mujeres luzcan en las oficinas y mostradores, y de ello toma pié para decir que las francesas sólo consiguen brillar en tres oficios: el de señora principal, el de loreta y el de tendera. Otros, por el contrario, ven en el sistema frances una tendencia que debería generalizarse si acertásemos á dominar algunas preocupaciones y á vencer conocidas repugnancias. Tendencia la llamo, y no quiero darle más valor; porque esos mismos países que han abierto tantas salidas cómodas á las industrias femeninas, son los que más se lamentan del incremento que han tomado las operarias de fábrica, y son aquellos en que se han publicado sobre la materia escritos más virulentos y páginas más sentidas. Todo esto me parece naturalísimo, y nada tiene de extraño que en un país industrial abunden las mujeres para toda clase de profesiones. La industria de nuestro siglo crece simultáneamente en todos los ramos, y lo mismo en las esferas superiores que en las más materiales y mecánicas. ¿Cómo no ha de crecer en proporcion el pedido de inteligencias y de brazos, y cómo no tomar unas y otros de la poblacion femenina, segun sean sus condiciones, cuando todo urge, todo hace falta y de todo necesita la voraz actividad de la generacion presente? Si en algunos pueblos quiso su buena suerte llevar un gran número de mujeres á ocupaciones delicadas, no por esto es licito esperar que vayan todas. Ni creo que llegue á establecerse jamás una verdadera *division intersexual* del trabajo, ni que consigamos delimitar con una precision matemática el respectivo *dominio industrial* de hombres y mujeres.

¿Quién logrará, pues, complacernos si nos negamos á todo partido, si cuantas trasformaciones industriales se proponen, otras tantas hemos de ir rebatiendo y rechazando? Transformacion por medio del Estado, violenta y ruinosa: transformacion libre del trabajo comun en doméstico, recurso ineficaz: transformacion de industrias bastas en otras delicadas, recurso limitadísimo. ¿Es posible ser más difícil y descontentadizo? No hay más remedio que serlo. Por muy distantes que estén del primero los dos métodos libres, vienen á coincidir los tres en un punto esencialísimo, y es en no tomar por base la diversidad que hallan establecida en las funciones industriales. Ningun gobierno ha decretado, ningun fabricante ha exigido que haya operarias de fábrica, operarias de taller y operarias domésticas: esta clasificacion ha nacido espontáneamente de la marcha general de la industria. Pues si esta clasificacion es *natural*, hagamos lo que es *natural*, partamos de ella misma. Busquemos primero los medios de ir mejorando el trabajo de la mujer

dentro de cada grupo conocido; procurémosle comodidad, moralidad, economía de fuerzas: si estas tres condiciones las obtenemos simultáneamente en la fábrica, en el taller y en el hogar, las alteraciones serán ménos ruidosas: si no, el taller y la fábrica irán cediendo el paso á un trabajo doméstico ya mejorado, y habremos conseguido el suspirado ideal sin dictaduras ni atropellos.

Para esta clase de trasformacion *intima* veo tres caminos segurísimos: la accion de los jurados mixtos, el concurso de las sociedades obreras mútuas ó de patronato, y la cultura intelectual de la mujer. Dudo que haya nadie más competente que un jurado *libre* para determinar las horas que la operaria haya de dar al trabajo y á la familia, los dias de descanso, la índole de sus ocupaciones y el precio de los jornales. Dudo que nadie pueda apreciar mejor las circunstancias de *cada* localidad, las fuerzas de *cada* trabajadora, el estado de prosperidad ó de quebranto de *cada* industria, las necesidades del consumo, las exigencias de *cada* edad ó de *cada* situacion *personal* en las jornaleras. Nada digo si, como seria muy razonable, entrasen mujeres á formar parte de los jurados libres; que las hay discretas de sobra y bastante experimentadas para terciar con los hombres en asuntos tan peculiares de su sexo y que tan de cerca les atañen.

Las sociedades obreras, donde se las consiente libertad, han hecho y harán más por la causa de la mujer que algunos filósofos con sus jeremiadas y que las lágrimas hermosas, pero á veces infecundas, de las buenas almas. No plegue á Dios jamás que yo combata las limosnas repartidas por la caridad privada en el misero hogar de la operaria: solamente exigiría que á la buena intencion de siempre acompañase la eficacia. Pero, sin desconocer la utilidad del patronato sobre las clases obreras, encuentro inmensas ventajas en el movimiento iniciado dentro de ellas mismas para obtener ahorros, precaver crisis, acercarse á la propiedad y hacer ménos dolorosos los reveses por razon de enfermedad ú otras causas. De lo que se ha logrado hasta ahora á lo que quisiéramos alcanzar, hay gran distancia: demasiado lo sé; pero por esta senda de la prevision y de la economía es menester seguir, y ¡ojalá nuestro país hubiese empezado á tomarla! Nuestro movimiento obrero (hablo del ordenado y que se encamina á buenos fines) está casi en la infancia: es flojo, si acaso existe, el relativo á la operaria. ¿Qué no daríamos por ver á nuestros fabricantes introducir, entre otras mejoras, los colegios de internas de la clase obrera que conocen los Estados-Unidos desde hace tantos años? Ya se han esparcido por Francia, Inglaterra, Alemania y Suiza con aplauso general y no escaso fruto.

Destínense á las hijas de jornaleros, y están al

cuidado de prudentes directoras: allí se instruyen las operarias, allí aprenden la economía doméstica y se ejercitan en alguna de las artes de la industria grande ó pequeña. En unas partes perciben todo el jornal; en otras se distribuye entre los gastos de la casa, los particulares de la educanda y la suma necesaria para ir juntando una dote. Con este sabio proceder ganan á un tiempo la familia y el trabajo: la familia, porque se va formando la madre; el trabajo, porque no queda desatendida la parte de utilidad que el sexo femenino puede llevar á la manufactura.

Bien sé dónde está el secreto de la eficacia de estos colegios: está en que cuidan ante todo de la educacion de la mujer, y este ha de ser el fundamento de todas las trasformaciones que se solicitan. Si hay algo libre de tacha en las teorías de emancipacion femenina, es su constancia en inculcar la cultura del sexo. Sansimonianos, furrieristas, mutualistas, todos abundan en esta idea; y el siglo abunda tambien sin aceptar sus errores. Aquellos mismos que ponderaban antiguamente la santa ignorancia de la mujer para mejor dominarla, se ocupan hoy en levantar su espíritu, siguiendo la máxima de su amigo de Maistre que reclamaba la instruccion de las jóvenes si, como él decía, en su regazo se han de formar los dos objetos más preciosos de la vida, un hombre honrado y una mujer honrada.

La cultura intelectual de la mujer ha empezado tomando una direccion más favorable á las clases superiores que á las operarias. Esta primera direccion, aunque muy digna de aplauso, no es aquí de mi incumbencia. Me alejaría demasiado de la esfera industrial si entrase á hablar de la enseñanza superior de las mujeres en el extranjero, de cursos como los de Zurich, de las alumnas de Cambridge y Filadelfia, de escuelas de mujeres como las que hay establecidas en Berlin, Leipzig y Munich, ó como los gimnasios y progimnasios de niñas en Rusia.

El deseo de instruir y educar á la mujer pobre, á la operaria, ha venido más tarde; pero se ha entrado en ello con gran fe y perseverancia. A veces el Estado tomó la iniciativa; pero la de los particulares ha sido más comun y siempre más provechosa. Desde que en 1861 crearon los ingleses el *Art department* para el fomento de la enseñanza popular, dieron á las mujeres libre entrada en todas las escuelas de este género. Allí pueden ser alumnas, allí llegar á maestras: en la escuela normal no sólo son admitidas sino tambien pensionadas: en los Institutos mecánicos tienen los mismos derechos que los hombres.

En el dominio privado, quien inició el movimiento en favor de la instruccion de la operaria fué la famosa Asociacion para el progreso de las ciencias

sociales. Dirigida por lord Brougham, empezó tratando la cuestion en algunas de sus reuniones públicas, y luégo promovió la creacion de otras sociedades destinadas á buscar ocupacion á las mujeres que hubiesen recibido la clase de instruccion conveniente. Tres caminos siguen estas sociedades, y son facilitar á las jóvenes el aprendizaje de oficios lucrativos, buscarlas colocaciones y combatir en la prensa y en la cátedra las muchas preocupaciones populares que tienen todavía tanto crédito en el sexo femenino. Ya se han obtenido grandes resultados, no sólo en trabajos bastos sino en labores delicadas y en verdaderos productos artisticos, y todo el afan de las sociedades es ir introduciendo poco á poco á las mujeres en las carreras mercantiles.

A esto principalmente se encaminan en Alemania las escuelas comerciales creadas por la iniciativa particular en algunas poblaciones, aunque el nivel de los estudios parece un poco alto para lo que exigen las ocupaciones ordinarias de los talleres y fábricas. Tambien en aquel país van siendo numerosas las sociedades que se proponen cultivar la inteligencia y la capacidad industrial de la mujer, citándose entre las más famosas las de Breslau, Leipzig, Hamburgo, Praga, Viena y Berlin. En las escuelas que crean suele darse una enseñanza comercial completa; hay talleres donde se ejercitan las jóvenes en variedad de oficios, ábrense bazares para la venta de los artículos elaborados y tienen oficinas para buscar colocaciones. A este tenor podríamos ir recorriendo otros puntos del extranjero, sin abultar los hechos ni exagerar las proporciones de este nuevo movimiento, reducido por ahora á un felicísimo ensayo. Aquí lo hemos intentado más modesto en el Conservatorio de Artes de Madrid, y ciertamente con gran fruto, á juzgar, si no por el número de las jóvenes que asisten á las clases de dibujo, al ménos por la perfeccion de sus trabajos y por los justos premios que suelen obtener en exámenes y exposiciones.

Todo anuncia que no han de trascurrir muchos años sin que en la condicion de la operaria veamos efectuarse un cambio notable, debido á la diffusion de ideas sanas y al mejoramiento de las costumbres. No sé por qué hemos de ser tan impacientes para la mujer, cuando todo en el mundo adolece de males que quisiéramos ver remediados en el acto y tenemos que irlos conllevando. Muchas de las penas que afligen á la operaria proceden de causas generales que no pertenecen á su estado ni tienen nada que ver con la flaqueza del sexo. La industria es un fenómeno tan complejo, que, para apreciar la más mínima perturbacion en cualquiera de sus agentes ó funciones, necesita ser mirado en conjunto y visto desde muy alto; y es máquina compuesta de tantas piezas y con tan complicados

resortes, que apenas tocamos una de aquellas ó quereamos cambiar uno de éstos, cuando ya la fábrica amenaza venirse al suelo, si ántes no cuidamos de interrogar la ley universal de concierto y armonía que Dios tiene señalada en todas las cosas. A esta regla de buen sentido, que es al propio tiempo lógica inflexible, he procurado atenerme puntualmente al tratar del trabajo de las mujeres; y ahora he de hacer lo mismo con el de los niños, asunto espinoso en cuyo estudio han abundado las buenas intenciones, pero tampoco han escaseado los errores.

JOAQUIN MARÍA SANROMÁ.

TEORÍA DE LA HERENCIA.

En un trabajo publicado en 1868 decía M. Darwin: «parece generalmente admitido que el cuerpo se compone de multitud de *unidades orgánicas*, cada una de las cuales posee sus atributos propios, y hasta cierto punto, independientes de las otras.» Podemos asegurar, sin temor de equivocarnos, que la opinion general de los biólogos no ha cambiado desde que se escribieron estas líneas. Es cosa cierta que la hipótesis de las unidades orgánicas con todas sus consecuencias es uno de los fundamentos de la teoría de la herencia. Quédanos que determinar los demas puntos de esta teoría y examinar en qué medida se aplica la hipótesis de las unidades orgánicas á todos sus detalles y lo que puede decirse cuando existe desacuerdo.

Para simplificar este estudio, podemos dividir en dos grupos los hechos que puede explicar una teoría completa de la herencia: el primero comprenderá las particularidades congénitas que existían igualmente en uno ó muchos ascendientes del sujeto en cuestion; el segundo las particularidades congénitas que, sin haber existido en ninguno de los ascendientes, las adquirieron uno ó muchos de ellos durante su vida, á consecuencia de un cambio de condicion de la misma vida, cambio de clima, de alimentacion ó de costumbres, enfermedad ó mutilacion.

El primero de estos dos grupos tiene particular importancia por el considerable número de hechos bien comprobados que contiene, hechos que se explican de una manera general por más de una de las teorías que se apoyan en la hipótesis de las unidades orgánicas. El segundo grupo contiene muchos hechos discutibles, hechos cuya comprobacion es siempre muy difícil, y cuya mayor parte, en nuestra opinion, están muy léjos de justificar las conclusiones que se pretenden deducir. En este trabajo

he dividido la teoría general de la herencia en dos partes correspondientes á cada uno de estos grupos. La primera se sostiene por sí misma; la segunda es absolutamente suplementaria y está subordinada á la otra.

Ninguna teoría de la herencia se ha enunciado con mayor claridad y de una manera más completa que la de la *Panganesis* de M. Darwin, y la introduccion de esta teoría contiene el resúmen más concienzudo que existe de los varios hechos que una teoría completa de la herencia debe poder explicar. Lo que vamos á decir se apoya en gran parte en los argumentos y consideraciones indicados por M. Darwin, y, sin embargo, veráse que nuestras conclusiones difieren esencialmente de las suyas. Parece que la panganesis se aplica especialmente á los casos del segundo grupo, casos cuya significacion es secundaria y frecuentemente dudosa; y veráse que aceptamos esta teoría con modificaciones, sin embargo, como parte suplementaria y accesoria de una teoría completa de la herencia; pero de ninguna manera como la parte esencial y más importante.

Antes de entrar en materia advertiremos que vamos á emplear en un sentido particular la palabra *estirpe*, que deducimos de la latina *stirpes*, raiz, para expresar la suma de gérmenes rudimentarios—sea el que quiera el nombre que se les dé—que, segun todas las teorías de las unidades orgánicas, se encuentran en el huevo recientemente fecundado, es decir, en el mismo principio de la fase pre-embrionaria, desde cuyo momento el huevo no recibe, ni aun de la madre, otra cosa que la nutricion. (No necesitamos advertir al lector que ni una sola gota de la sangre de la madre penetra en los vasos del embrion, sino que las dos circulaciones son absolutamente distintas, recibiendo la placenta á que está unido el embrion y con la que está en relacion vasicular, recibiendo la placenta, repetimos, su nutricion de la madre, únicamente por imbibicion.) Esta palabra *estirpe*, que nos permitimos introducir aquí, se aplica igualmente al contenido de las yemas; es muy cómoda y creemos que nos garantiza de toda confusion de lenguaje.

La estirpe entera, con cierta cantidad de sustancias nutritivas, presenta un volúmen que no es mayor que el de una cabeza de alfiler; y, cosa curiosa, este volúmen es igual en el huevo fecundado de todos los mamíferos. Es evidente que la observacion directa nada puede enseñarnos sobre la forma de objetos tan pequeños como son los gérmenes contenidos en la estirpe, como tampoco sobre la manera con que obran; estos gérmenes escaparían al microscopio más poderoso, aunque fuese diferente la accion de cada uno de ellos sobre la luz. Ahora bien, esta diferencia de accion no existe

porque el huevo fecundado presenta un color casi idéntico en todos sus puntos. Las células y sus contenidos son, sobre poco más ó menos, para los biólogos que las examinan al microscopio, como los sacos de despachos y montones de cartas son para los curiosos que los miran á través de las vidrieras de una administracion de correos. Estos curiosos pueden deducir de lo que ven datos exactos sobre las comunicaciones postales en general; pero no pueden leer una sola palabra del contenido de las cartas. Solamente el raciocinio, y no la observacion directa, puede enseñarnos algo sobre los elementos de la estirpe, viéndonos, por consiguiente, reducidos á formar una teoría.

Empezaremos por sentar los cuatro postulados que parecen casi necesariamente comprendidos en toda hipótesis de unidades orgánicas, y que lo son en la de la *panganesis*. Primeramente, cada una de las innumerables unidades, por decir así, independientes, de que se compone el cuerpo, tiene un origen y un germen separado. En segundo lugar, la estirpe tiene multitud de gérmenes, mucho más variados y numerosos que las unidades orgánicas del cuerpo que ha de salir de estos gérmenes; de manera que el número de gérmenes que llegan á desarrollarse es relativamente pequeño. En tercer lugar, los gérmenes que no se desarrollan conservan su vitalidad; se propagan permaneciendo en estado latente, y contribuyen á formar la estirpe de los retoños. En fin, en cuarto lugar, la organizacion depende de una manera absoluta de las afinidades y de las repulsiones que existen entre los gérmenes separados, primero en estado de estirpe y despues en todos los periodos de su desarrollo.

Las razones que pueden invocarse en favor de estos postulados es necesario buscarlas en los argumentos de Darwin; y podemos decir desde luego que existen motivos plausibles para admitirlos como razonables. Así, por ejemplo, en favor del origen independiente de las diferentes partes del cuerpo puede citarse el hecho tan frecuentemente observado de la procedencia diferente de ciertas facciones. Ahora bien, se ha comprobado que ciertas particularidades, frecuentemente de proporciones microscópicas, pueden trasmitirse por herencia, de lo que puede deducirse que las partes del cuerpo, hasta las más pequeñas, tienen origen distinto. Ya hemos dicho que la estirpe contiene muchos más gérmenes de los que se desarrollan; y lo que lo prueba es que un individuo puede trasmitir á sus hijos ciertos rasgos de sus antepasados, rasgos que él mismo no poseía. Todo lo que el individuo había recibido de sus antepasados debía estar encerrado en su estirpe; luego esta estirpe contenía todos los rasgos que se han desarrollado en su propio organismo, y además todos los demas rasgos de sus an-

tepasados que el mismo individuo no tenía, pero que ha legado á uno ó muchos de sus descendientes. Preciso es tambien admitir que la estirpe contiene muchos más gérmenes de los que llegan á desarrollarse en el individuo producido por la estirpe. Además, es necesario que estos gérmenes no desarrollados conserven su vitalidad y contribuyan á formar la estirpe de los descendientes, como explicaremos en seguida más detalladamente. En fin, el cuarto y último postulado, segun el cual la organizacion depende enteramente de las afinidades que existen entre las diferentes unidades orgánicas, este postulado se impone, por decirlo así, por la sencillez y la suficiencia de lo que se pide; prueba de ello será casi todo lo que hemos de decir. Pero no olvidemos que la otra hipótesis, la de una fuerza plástica general, se parece á todas las demas concepciones místicas que han estado en boga al principio de todas las ciencias físicas y que han sido reemplazadas por teorías moleculares á medida que se extendían los conocimientos. La ciencia de la herencia está aún en su principio y la analogía nos lleva á creer que seguirá la misma marcha que las que le han precedido. En cuanto á la posibilidad, en objetos tan pequeños como son los gérmenes, de poseer una percepcion bastante delicada para permitir á cada uno de ellos, á pesar de su gran número, encontrar su puesto, Darwin ha dado por prueba la delicadeza de percepcion de los granos del pólen de diferentes plantas. «El número de las plantas compuestas, nos dice, es próximamente 10.000, y no es dudoso que si se pudiesen colocar juntos ó sucesivamente los granos del pólen de todas las especies sobre el estigma de una especie determinada, esta elegiria infaliblemente su propio pólen.» Los casos mismos en que estas afinidades se extravían parcialmente son muy instructivos; como, por ejemplo, cuando una mancha de la piel se trasmite por herencia, apareciendo en una parte inmediata ú homóloga. Sentados estos preliminares, podemos avanzar libremente.

Los fisiólogos se asombran al ver que ninguna raza de un grado algo elevado puede propagarse mucho tiempo por generacion unisexual; la raza se altera en seguida, probablemente por falta de algun elemento de su estructura, y concluye por perecer. Parece que en virtud de una ley universal, la union de los dos padres sea una condicion muy importante, hasta esencial, segun algunos, para la persistencia de una raza de organizacion compleja; y, por nuestra parte, nos inclinamos á creer que la diferencia de sexos en una raza es el resultado y no la causa de esta necesidad. En los organismos ménos elevados hay dos padres, pero no hay diferencia aparente de sexo, porque dos células cualesquiera pueden reunirse y mezclar su contenido en una

misma célula; además, estos seres admiten fácilmente la multiplicación unisexual por vía de división ó de yemas. Si nos elevamos en la escala de los seres, vemos pronunciarse más la diferencia de sexos, y al mismo tiempo se hace rara la propagación unisexual, llegando después al nivel, en el que la separación de sexos es completa, desapareciendo completamente la propagación por un mismo sexo. Ahora bien: la necesidad especial de dos sexos para los organismos complejos deriva de una manera inmediata de la teoría de las unidades orgánicas y de gérmenes. Consideremos una serie determinada de generaciones unisexuales, y sigamos la historia de esta serie; supongamos que hemos elegido, cortado y plantado el segundo botón, y cuando este ha llegado á madurez, cogemos su segundo botón, y así sucesivamente. En cada generación sucesiva existe siempre una probabilidad para uno ó muchos de los gérmenes que contiene la estirpe, mueran ó desaparezcan; y una vez desaparecidos, estos gérmenes desaparecen para siempre sin poder ser reemplazados por otros. De tiempo en tiempo, esta probabilidad desfavorable debe producir su efecto y ocasionar la desaparición de algún elemento orgánico, y, por consiguiente, el deterioro de la raza. Si el elemento perdido era indispensable, la raza perecerá en seguida; si no es tan indispensable, la raza languidecerá y sufrirá necesariamente otras pérdidas, cuya acumulación concluirá por serle fatal. Lo que es verdad para la serie de los segundos botones, lo es necesariamente para una serie cualquiera, como lo podrían acreditar los jardineros, apoyándose en su práctica (1). El mismo razonamiento es aplicable á cualquier otro modo de multiplicación unisexual: todos llegan al deterioro, y finalmente á la extinción de la raza. Por otra parte, si hay dos padres, la especie particular de germen que faltase casualmente en uno, podría suministrarla el otro. Sin duda alguna, serán raros los casos en los que la misma especie de germen falte en los dos padres, y será muy pequeño el número de familias que perezca por esta causa. Además, aunque perecieran, el mal no sería muy grande. Las otras familias están perfectamente sanas ó tienden á estarlo en la generación siguiente, llenando facilísimamente el hueco. Así vemos que, con la generación unisexual, cada familia está condenada á ex-

(1) Sin embargo, este hecho no se verifica siempre en el estado de naturaleza y libertad, porque en este caso reemplazarían las plantas sanas á las débiles. Aquí tenemos que considerar por una parte la probabilidad creciente del deterioro de una serie dada, y por otra el número creciente de todas las series posibles. Las dos siguen progresión geométrica; y si la razón de la segunda fuese más grande que la de la primera, no habría motivo para que se extinguiese la raza. Pero esta suposición favorable sería inadmisibles en cuanto se llegase á cierto grado de complejidad, porque esta aumentaría las probabilidades de deterioro, y al mismo tiempo disminuiría la fecundidad. (H. Spencer, *Biología*, tom. I, multiplicación.)

tinguirse más ó menos pronto, mientras que con la generación bisexual se extingue solamente pequeño número de familias ó sufren temporalmente por la causa que hemos indicado: la inmensa mayoría no sufre en ningún concepto, y las otras tienden á rehabilitarse. Por otra parte, como la estirpe de que procede el hijo no puede tener más volumen que la mitad del de las estirpes reunidas de sus dos padres, síguese que ha de quedar suprimida la mitad de su herencia posible. Este hecho implica una lucha muy viva entre los gérmenes que se disputan el puesto, y, según toda probabilidad,—el triunfo de la mitad mejor de sus numerosas variedades.

Siendo limitado el espacio en la estirpe, se sigue que no solamente las variedades de cada especie de germen, sino también el número de individuos pertenecientes á cada variedad lo son igualmente. Es necesario no perder de vista esta consideración que explica el restringido número de subdivisiones á que se transmiten ciertos rasgos particulares. No nos ocupamos ahora del caso en que tal ó cual carácter de una raza desaparece lentamente y por gradaciones inservibles, porque este cambio puede atribuirse, al menos en parte, á una alteración de la cualidad de los gérmenes; tampoco hablamos del caso en que evidentemente una de dos cualidades contrarias ahoga á la otra, sino de aquellos en que estas cualidades aparecen igualmente poderosas y susceptibles de aliarse. Así, en la desaparición gradual de la sangre negra podremos reconocer que el color del mulato representa la mitad, y el del cuarteron, la cuarta parte del color de sus abuelos negros; pero si avanzamos más, veremos que el fraccionamiento de la sangre es muy irregular y no sigue la progresión geométrica descendiente de un octavo, un décimosexto, etc., siendo frecuentemente muy marcada la presencia de sangre negra, ó al contrario, imperceptible hasta que desaparece por completo. Existen naturalmente gradaciones mucho más delicadas en los efectos complejos, tales como la expresión de la fisonomía, porque uno de los elementos puede existir ó faltar; y como el número de combinaciones ó permutaciones posibles, hasta entre un número pequeño de elementos, es muy grande, deben poder existir considerable número de grados entre la transmisión completa de la expresión y su total desaparición.

La rapidez de los cambios, que pueden comprobarse en la sustancia del huevo recientemente fecundado, prueban que los gérmenes contenidos en la estirpe están sin cesar en movimiento para tomar nuevas posiciones de equilibrio orgánico, sin duda á consecuencia del desarrollo desigual de algunos gérmenes que resultan mejor nutridos que otros. En este movimiento vemos verificarse reparaciones al mismo tiempo que agregaciones, y es razonable su-

poner que concurren al resultado fuerzas de repulsion y fuerzas de afinidad. Nada sabemos aún sobre la naturaleza de estas repulsiones y afinidades; pero parece casi imposible de explicar todo lo que ocurre por la hipótesis de un sencillo desarrollo gradual, como el que propone la pangénesis B siguiendo A, y C viniendo después de B, y así sucesivamente. Difícil es admitir que las influencias recíprocas de los gérmenes no se ejercen más que siguiendo líneas como las que reúnen los corpúsculos de la sangre en largos cilindros al principio de la coagulación; tampoco podemos suponer que estas influencias se limiten á ciertos planos como las que gobiernan los armoniosos agrupamientos de la fauna y de la flora en la superficie de una comarca abandonada á la acción de la naturaleza; más bien debemos suponer que obran siguiendo las tres dimensiones del espacio, como, por ejemplo, puede suponerse que en un enjambre de seres alados los gustos particulares ó las aversiones de un individuo de los que se compone deben determinar su posición en el enjambre. Cada germen tiene considerable número de vecinos: una esfera rodeada de otras esferas de la misma magnitud, por ejemplo, unen una bala de cañón en una pila tan compacta como se pueda construir, y en contacto inmediato con otras doce esferas. Podemos estar seguros de que ciertos gérmenes deben estar sometidos por todos lados á fuerzas numerosas que varían según el puesto que ocupan; deben pasar por muchas posiciones de equilibrio temporal y momentáneo y experimentar larga serie de movimientos renovados sin cesar ántes de tomar separadamente las posiciones definitivas que les convienen mejor. Aunque nada sepamos aún sobre el carácter de estas afinidades y repulsiones, ó de lo que M. Herbert Spencer llama sus *polaridades* en los capítulos tan instructivos del primer volumen de sus *Principios de biología*, nos basta estar convencidos de su existencia para formarnos una idea general de lo que debe ser su modo de acción, y para poder hacer comprender las consecuencias necesarias por gran número de ejemplos tomados de la vida ordinaria. Elegiremos preferentemente nuestros ejemplos entre los hechos de la vida política, tales como la lucha por los empleos y el poder, la elección y la representación. Así, pues, sabemos que las células primitivas se dividen y subdividen, y podemos comparar con bastante exactitud cada fraccionamiento sucesivo á la división de un cuerpo político en partidos, los cuales tienen desde luego atributos diferentes. O podemos comparar también la estirpe á una nación, y los gérmenes que llegan á completo desarrollo á los hombres notables que consiguen llegar á ser los representantes de la nación. Y estas no son vanas metáforas, sino analogías perfectamente exactas, que sostienen el exá-

men y merecen considerarse seriamente porque dan á nuestras ideas sobre la herencia la claridad que les es necesaria.

La gran diferencia que se encuentra á veces entre los hermanos ó las hermanas es fácil de explicar y puede aumentarse la claridad de la explicación por medio de comparaciones tomadas de la política. Por una parte, las estirpes deben ser casi semejantes, porque los gérmenes son organismos simples y estos organismos reproducen exactamente su especie; por otra parte vemos salir de estas estirpes estructuras muy diferentes. Las conocidas inseguridades de las elecciones políticas y sus causas nos ofrecen á la vez la reproducción y la explicación de este hecho. Sabemos muy bien que si están representadas muchas opiniones en un distrito electoral, las circunstancias más insignificantes pueden cambiar el equilibrio de los partidos, y de esta manera, aunque el cuerpo electoral se modifique muy poco, el carácter de los votos puede cambiar bruscamente de una elección á otra. Por el contrario, un distrito donde reina uniformidad de opiniones tendrá siempre representantes de tipo igual; y este hecho corresponde exactamente á lo que pasa en los animales de raza pura, cuya estirpe sólo contiene una variedad ó muy corto número de variedades de cada especie de germen. Cuanto más se mezcla la raza, más variados son los retoños. La diferencia que con mucha frecuencia se observa entre gemelos de un mismo sexo es más marcada que la que se advierte entre hermanos ó hermanas ordinarios, á pesar de la casi identidad de las condiciones embrionarias. Esta particularidad es muy curiosa y exige explicación. Hemos tenido ocasión de estudiar de un modo particular la cuestión de la semejanza de los gemelos, y he reconocido que los gemelos verdaderos, es decir, aquellos que hasta el momento del nacimiento estuvieron encerrados en una misma membrana, y que, por consiguiente, proceden de dos puntos germinales del mismo huevo, presentan dos grupos que difieren de una manera extraña uno de otro. En cuanto á los casos intermediarios son muy raros. En el grupo más numeroso, los gemelos presentan semejanza física é intelectual muy considerable: crecimiento, enfermedad, declinación, todo es parecido en ellos, realizando ó poco menos los hechos extraños que encontramos sobre este asunto en las obras de imaginación. El segundo grupo, que no llega á la cuarta parte del primero, nos ofrece gemelos completamente diferentes el uno del otro; á veces hasta se les cita como complementarios, puesto que tiene el uno lo que le falta al otro. ¿Cómo se explica que una estirpe primitiva idéntica pueda dar dos seres ó absolutamente diferentes ó casi iguales entre sí? En cuanto á los casos intermediarios, su corto número nos permite incluirlos en uno

muy diferente y ménos raro, aquel en que los gemelos proceden de dos huevos distintos. Hé aquí cómo se puede contestar en mi concepto á la pregunta: La semejanza de los gemelos verdaderos se explica fácilmente; en efecto, segun la estadística, es muy natural pensar que las dos mitades de un grupo cualquiera de gérmenes deben parecerse mucho. Las estirpes secundarias de dos gemelos son semejantes y las circunstancias de su desarrollo, siendo casi idénticas, los resultados deben parecerse mucho. En cuanto á los gemelos complementarios, puede admitirse que si ha pasado mucho tiempo suficiente ántes de que la estirpe primitiva empezase á dividirse entre ellos, sus gérmenes pudieron disponerse hasta cierto punto, segun sus afinidades, de suerte que las dos mitades pueden ser muy diferentes una de otra. Cuando nace un solo hijo, el germen,—por simplificar no digo los gérmenes,—de cada especie que llega á su completo desarrollo puede compararse al representante único de un cuerpo de electores que cada cual tiene su voto. Cuando se trata de dos gemelos, diremos que cada elector continúa teniendo un voto, pero que se eligen dos representantes. Supongamos ahora que uno de los partidos políticos predomina ligeramente; entónces, si el cuerpo electoral se divide por una línea tirada al azar, el mismo partido predominaría en cada una de las dos divisiones; y si la eleccion se hiciese segun este principio, los dos representantes serían ciertamente miembros del mismo partido predominante. Pero si el cuerpo electoral votase sin dividirse, sería imposible al partido predominante elegir más de un candidato, y los dos representantes pertenecerían á partidos opuestos.

La parte de la estirpe desarrollada se ha considerado universalmente como el principal agente que mantiene la propagacion de los gérmenes. Sin duda, esta es una condicion esencial en la teoría de la pangénesis, como lo indica el mismo nombre de la teoría; ésta admite que cada célula separada deja escapar, en el momento de su formacion, gérmenes que circulan libremente en el cuerpo, al mismo tiempo que otros gérmenes trasmitidos por via de herencia se agrupan segun sus afinidades y forman de esta manera los elementos sexuales. Por nuestra parte, reconociendo que existen pruebas incontestables de la existencia de esta facultad, pruebas que examinaremos al ocuparnos del segundo grupo de casos, nos proponemos demostrar que la influencia de esta facultad debe ser extraordinariamente débil. Los gérmenes que se desarrollan de manera que formen tejidos son relativamente muy poco numerosos para tener mucho efecto por herencia; y cuando han llegado á todo su desarrollo, quedan pasivos y estériles. Parécenos que, como la fecundidad debe tener su asiento en alguna parte, este

asiento debe encontrarse en el residuo no desarrollado de la estirpe, ó más bien en sus retoños y representantes—sea el que quiera, por otra parte, su número y su naturaleza,—en el momento en que el individuo ha llegado á la edad adulta.

La hipótesis segun la cual los gérmenes desarrollados son relativamente poco numerosos y estériles, está de acuerdo con gran número de hechos; dando á comprender la razon en virtud de la cual, aunque la semejanza hereditaria sea la regla general, muchas veces falta en el descendiente el rasgo más pronunciado del padre. Fácilmente comprendemos que los caracteres dominantes de la estirpe estarán en su conjunto fielmente representados por el organismo del individuo que procede de ellos; pero si el organismo individual representa fielmente los gérmenes que dominan, debe representar muy favorablemente los gérmenes en general, y con mayor razon el residuo que no se ha desarrollado; y de la misma manera, en los casos extremos, el individuo debe representar muy mal este residuo, porque la abundancia accidental del ejemplar estéril de cierta especie importante de germen ha quitado al residuo fértil todos los gérmenes de esta especie. Esta suposicion es tanto más admisible, cuanto que ya hemos visto que no puede ser muy considerable el número de gérmenes de cada especie. La historia prueba que los hijos de los hombres de genio son frecuentemente de talento muy limitado, y este hecho se ha comprobado, especialmente en los casos en que el mismo hombre de genio descendía de antepasados poco notables por su talento: dedúcese de esto, segun la teoría que acabamos de exponer, que el número de gérmenes de algun valor era débil, y todos se han empleado y hecho estériles para constituir el organismo del hombre de genio.

La tendencia persistente de los rasgos excepcionales á debilitarse, se demuestra tambien por la dificultad que experimentan siempre los cultivadores para conservar los caracteres de alguna variedad preciosa que se ha producido por efecto de la casualidad, es decir, por una afórtunada reunion de causas variables desconocidas.

Otra consecuencia de la esterilizacion de millares de elementos de la estirpe es la tendencia bien marcada de todas las razas dotadas de cualidades excepcionales á deteriorarse al propagarse. Esto es exacto en cuanto á las razas que viven en estado de naturaleza, puesto que las razas actualmente existentes, sólo pueden conservar su nivel, gracias á la seleccion más estricta. Si se las dejase libres solamente durante una generacion, aumentarían los individuos débiles, y la cualidad media de la raza quedaria necesariamente aminorada.

Por otra parte, la esterilidad de los elementos

desarrollados de la estirpe explican cómo ciertas enfermedades saltan de una ó muchas generaciones con tal de que se admita—lo que parece muy probable—que los gérmenes de estas enfermedades son á la vez prolíficos y están dispuestos por grupos. Así, pues, casi todas las moléculas gotosas de la estirpe de donde ha salido A, han podido, gracias á su agrupamiento, desarrollarse en el organismo de A y esterilizarse de esta manera; el débil resto fecundo que se encuentra en su estirpe no será suficiente para formar en la estirpe de su hijo B el número de gérmenes gotosos, necesarios para dominar y desarrollarse en la persona de B, y por consiguiente este resto se quedará en reserva; pero como es prolífico, se multiplicará en el estado latente en el organismo de B, de manera que multiplicará en la estirpe de C, hijo de éste ó en la de D, su nieto, gérmenes bastante numerosos para desarrollarse en la persona de C ó en la de D, como los primeros se desarrollaron en la de A, existiendo así un ciclo que se repetirá indefinidamente.

La observacion confirma por completo todo lo que precede, y podemos deducir: 1.º, que el contenido de la estirpe debe formar divisiones y subdivisiones distintas, de la misma manera que un gran partido político puede subdividirse en considerable número de fracciones diferentes; 2.º, que los gérmenes dominantes en cada una de estas subdivisiones son los que llegan á desarrollarse, y 3.º, que los gérmenes restantes y sus retoños son los que forman los elementos sexuales ó yemas.

Es evidentemente imposible que este fraccionamiento se verifique con perfecta exactitud; nunca se divide en dos secciones un partido político sin que alguno de los miembros de la una se encuentre comprometido en las filas de la otra, y vice-versa. Podemos, por lo tanto, estar seguros de encontrar en cada subdivision sucesiva gérmenes de muchas especies extrañas á esta subdivision. Tambien puede suponerse que el tejido de los gérmenes desarrollados debe ofrecer á los gérmenes extraños muchos puntos favorables para su asiento y desarrollo; por consiguiente, representantes de todas las partes del resto de la estirpe se encuentran repartidos en todo el cuerpo. En fin, es muy probable que estos gérmenes extraños, al aumentar y multiplicarse, traspasarán algo los límites de la célula ó del espacio intercelular, en los que se alojaron primeramente sus progenitores, puesto que sabemos que un cuerpo del grueso de uno de los corpúsculos de la sangre atraviesa algunas veces sin romper la pared de un vaso capilar. Y aqui no admitiremos, como ha hecho la panganesis, la libre circulacion de las gémulas, aunque nuestra hipótesis tenga todas las ventajas de ésta—al ménos en lo concerniente á la herencia de las cualidades congénitas en los as-

cendientes,—sin encontrarse expuesta á las mismas objeciones. Las principales de estas objeciones son las siguientes: Bajo el punto de vista físico no podemos comprender cómo cuerpos coloideos, tales como lo son evidentemente las gémulas pangénéticas, pueden atravesar libremente las membranas. Además, aunque esto fuese posible, las gémulas paternas que se encontrasen en el feto se repartirían igualmente en la sustancia de este feto y en la de la madre, debiendo, por consiguiente, quedar muy pocas en el cuerpo del niño, que, por el contrario; quedaría invadido por las gémulas maternas. Resultaría de esto que se transmitirían al niño los caracteres de la madre más bien que los del padre, ó, en otros términos, que debería parecerse más á su abuela materna que á sus demás ascendientes, lo cual no está demostrado en manera alguna. Verdad es que las gémulas no se encuentran en los vasos sanguíneos y que no circulan con la sangre: citaremos como pruebas los experimentos en que hemos verificado la transfusion de la sangre de una especie de conejo á la especie gris plateada macho y hembra. Repetida esta operacion en tres generaciones sucesivas, nunca nos ha dado más que crias grisplateadas de raza pura, sin la menor alteracion.

Además, la libre circulacion de las gémulas, tal como la admite la panganesis, haría ciertos acontecimientos extraordinariamente frecuentes, mientras que la hipótesis de una ligera separacion fuera de sus límites, demuestra que estos acontecimientos son posibles, aunque raros, lo cual está confirmado por los hechos. Refiérome á anomalías, tales como la aparicion de rayas cebradas en un potro hijo de un caballo y de una yegua de pura sangre, lo que demostraba que la yegua había tenido en otro tiempo un mulo hijo de una cebra, ó tambien á la accion del pólen en los tejidos adyacentes al pistilo fecundado de una variedad de planta diferente. La dispersion de los gérmenes por la accion que admito en todas las partes del cuerpo explicaría completamente la renovacion de un miembro perdido en algunos animales inferiores, y la reaparicion de los tejidos simples en los superiores. Estudiar á fondo estas cuestiones y las que con ellas se enlazan, sería traspasar los límites impuestos á este trabajo; además, no es necesario, porque basta consultar la obra de Darwin ya citada, en la que se discuten cuidadosamente estas cuestiones, y examinar, al leer, si la teoría que proponemos no puede sustituir ventajosamente á la de la panganesis. Lo repito, estas observaciones sólo se aplican á los casos, muy numerosos por cierto, comprendidos en el primero de los dos grupos, en los que estudio la cuestion de la herencia. Ahora vamos á considerar el segundo.

Los casos que componen este grupo son aquellos en que los caracteres producidos artificialmente en

los padres se hacen hereditarios en los descendientes. En este estudio se necesita cuidar mucho de no confundir entre ellos los efectos debidos á causas de un género completamente diferente.

Hasta ahora hemos considerado tres agentes distintos: 1.º, la estirpe, agregacion organizada de una multitud de gérmenes: 2.º, la organizacion particular producida por un corto número de estos gérmenes; 3.º, elementos sexuales engendrados por el resto de la estirpe. Los casos que vamos á estudiar son aquellos que parecen probar que el organismo reacciona sobre los elementos sexuales. Consideremos primeramente la categoría más numerosa, la que tiene relacion con la adoptividad de la raza. Dícese que el organismo de un animal cambia segun las condiciones en que se encuentra colocado; que sus descendientes heredan una parte de estas modificaciones y se modifican todavía más en el mismo sentido; que lo mismo sucede en todas las generaciones sucesivas hasta que queda realizado un cambio notable en todos los caracteres congénitos de la raza.

Deducen algunos de estos hechos que un cambio en el organismo individual ha reaccionado sobre los elementos sexuales. Por nuestra parte combatimos esta deducción general, fundándonos en los siguientes motivos. Está universalmente admitido que los agentes primitivos del crecimiento, de la nutricion y de la reproduccion, son los mismos, y que debe considerarlos de esta manera toda teoría exacta de la herencia. En otros términos, estos tres efectos se deben al desarrollo de la misma sustancia germinal, en posiciones diferentes. Por lo tanto, cuando en todas partes está sometida á las mismas condiciones, deberá modificarse en todas partes de la misma manera. Si los gérmenes que producen el pelo tienden á desarrollar una modifiación nueva en los células más inmediatas á la superficie del cuerpo, bajo la influencia de ciertos cambios de clima y de alimentacion, estos gérmenes deberían al mismo tiempo desarrollar una modifiación análoga en los elementos sexuales. Los cambios esenciales se corresponderían, aunque sería quizá diferente el momento en que se desarrollarían los gérmenes modificados. Pero la modifiación de la estructura de los pelos está tan léjos de arrastrar una modifiación de los gérmenes de los órganos sexuales, que con mucha frecuencia estos son los primeros en cambiar. Por ejemplo, los carneros de lana espesa recientemente importados en las regiones tropicales, producen corderos de lana menos tupida. Nada prueba que la adaptividad de una raza á condiciones nuevas, obrando igualmente sobre todas las partes del cuerpo, se deba á la reaccion del organismo individual modificado sobre los elementos sexuales. Sabido es que el borracho tiene hijos idiotas, si bien los

hijos que tuvo ántes de entregarse á la bebida poseen todas sus facultades; pero esto no pasa de ser un caso de accion simultánea. El alcohol penetra todos los tejidos del borracho, y naturalmente, ejerce sobre la sustancia germinal de los elementos sexuales la misma influencia que sobre la sustancia de todo su organismo, influencia que ha determinado la alteracion de sus propios nervios. Los mismos efectos deben producirse en muchas afecciones orgánicas determinadas por larga persistencia de costumbres irregulares. No está probado en manera alguna que la facultad que posee una raza de adoptarse á condiciones nuevas, obrando igualmente sobre todas las partes del cuerpo, se deba á la accion ejercida por los tejidos modificados sobre los elementos sexuales. No sucede lo mismo en cuanto á las condiciones cuya influencia es puramente local; pero las razas no las adquieren sino al cabo de mucho tiempo; citaremos como ejemplo las callosidades de las rodillas de los animales que se sirven frecuentemente de esta parte del cuerpo.

Invócase tambien otro género de hechos para proveer á la herencia de los caracteres que no son congénitos: refiérome á las mutilaciones. Es indudable que las investigaciones de M. Prosper Lucas y de otros muchos sabios han puesto en claro bastantes datos muy curiosos; pero los testimonios negativos, es decir, la prueba de que en un número inmenso de casos las mutilaciones no se transmiten por herencia,—Darwin: *Variaciones de las plantas y de los animales en el estado doméstico*, vol. II, página 23,—las pruebas, repetimos, son tan numerosas, que se pueden considerar los primeros casos solamente como coincidencias extrañas. El primer caso citado que parece merecer se tome en consideracion, porque puede ser comprobado, es el de los conejos de Indias epiléticos del Dr. Brown-Sequard; sin embargo, si hemos comprendido bien el informe del citado doctor á la *Sociedad real*, no está exento de toda objecion. M. Brown-Sequard ha comprobado en el curso de sus experimentos, que practicando cierta operacion en la médula espinal de un conejo de Indias provocaba una afeccion convulsiva que presentaba grandes semejanzas con la epilepsia. Ha realizado esta operacion en gran número de conejos de Indias, los ha aislado de sus congéneres no operados, y ha reconocido que sus hijuelos quedaban sujetos de tiempo en tiempo á convulsiones epileptiformes, mientras que los de los conejos no operados quedaban exentos de estos ataques; de lo que ha deducido que la epilepsia determinada artificialmente se había hecho hereditaria. Ahora bien, á esto puede contestarse que si individuos pertenecientes á la raza humana se criasen desde la infancia en una sala de epiléticos, adquirirían infaliblemente predisposicion á los ataques

epileptiformes por la sola influencia de la imitación. Es un hecho establecido que en muchos epilépticos los primeros ataques han sido determinados por la vista de un acceso de epilepsia en otro. Sin embargo, nuestra objeción puede no ser fundada; tal vez hemos comprendido mal el experimento en cuestión, que merecía ser refiriéndose con mayores detalles. Sentimos que no se hayan publicado los últimos informes de M. Brown-Sequard, pero el eminente fisiólogo ha comunicado al *The Lancet* un resumen muy importante de otros resultados obtenidos á propósito de la herencia de efectos puramente físicos producidos en los conejos de Indias por mutilaciones de nervios, y presentándose en los hijos en el mismo orden que en los padres.

Puede asignarse una causa especial á la atrofia hereditaria producida por la inacción de los órganos; ya se ha dicho que todo órgano desarrollado de una manera excepcional tiende á deteriorarse; por consiguiente, los que no están protegidos por la selección deben perecer. El nivel de la fuerza muscular del ala de un ave de vuelo enérgico sólo se conserva en la raza, como el nivel del agua en el tonel agujereado de una Danaide, por un esfuerzo constante, por decirlo así; si este esfuerzo calma, el nivel baja en seguida.

Sin insistir en otros muchos argumentos que podrían invocarse contra pruebas á que, hasta el presente, se ha concedido demasiada importancia, debemos recordar que es imprudente atribuir la adaptación gradual de una raza á condiciones de existencia modificadas, como prueba de la transmisión hereditaria de costumbres adquiridas, porque, si se necesitan muchas generaciones para comprobar un resultado apreciable, la selección puede haber tenido todo el tiempo necesario para ejercer su influencia. Observemos que una raza emplea mucho más tiempo en adaptarse á las condiciones que afectan solamente una parte del cuerpo, que á aquellas cuya influencia es general; y este hecho está perfectamente de acuerdo con las ideas expuestas más arriba. Es muy difícil encontrar testimonios en favor de la acción del organismo sobre los elementos sexuales que no estén sujetos á graves objeciones. Los más fuertes de estos testimonios son aquellos que se refieren á los cambios nerviosos manifestados, por ejemplo, por la herencia de las costumbres domésticas en los perros, y los resultados obtenidos por M. Brown-Sequard.

Lo que puede deducirse de todo lo que precede es que la cuestión de la acción de las células del organismo sobre los elementos sexuales no se ha resuelto aún; podemos admitir que si existe esa acción es en todo caso muy débil; en otros términos, las modificaciones adquiridas opacas son hereditarias en el verdadero sentido de la palabra. Si no

fuesen transmisibles, desaparecería entonces el segundo grupo, y quedaríamos al abrigo de toda dificultad; si existen, aún en grado muy débil, debe dar cuenta de ellas una teoría completa de la herencia. Como acabamos de decir, proponemos que se admita que son hereditarias en grado muy débil, y que se expliquen por una modificación de la teoría pangenésica. Puede suponerse que cada célula emite algunos gérmenes que se extienden en la circulación, y que de esta manera tienen algunas probabilidades de introducirse entre los elementos sexuales y naturalizarse allí. Para explicar mejor nuestra idea, volvamos á nuestra comparación política, é imaginemos que la estirpe está representada por un país, y los gérmenes por los habitantes del mismo país. Sabemos que en todos los países encuentran á veces algunos extranjeros una colocación que les conviene más que la de su nación ó de cualquiera otra, y que se establecen en ella de una manera definitiva. La población del país puede estar organizada de un modo tan perfecto como es necesario admitir que lo están los elementos sexuales; pueden considerarse completos todos los oficios y todas las profesiones, y sin embargo, bien por superioridad, bien por favorable casualidad, el extranjero puede acomodarse. Tal vez ocupa el puesto de uno de los habitantes del país; tal vez encuentra un rincón vacío, del que se apodera; lo cierto es que se establece de una manera definitiva.

La hipótesis de las unidades orgánicas nos permite indicar de una manera muy clara la relación curiosamente indirecta que une al retoño con sus padres. La idea de una relación de descendencia directa, en el sentido que ordinariamente se da á esta vaga expresión, es absolutamente insostenible, y de ella procede principalmente el embarazo que causa á los que estudian la cuestión de la irregularidad aparente de la transmisión hereditaria. La estirpe del niño puede considerarse como procedente directamente de una parte de la estirpe de cada uno de los padres; pero, por otra parte, el organismo personal del niño no es más que una representación imperfecta de su propia estirpe, y el organismo de cada uno de sus padres no es tampoco más que la representación imperfecta de la estirpe de cada uno de ellos. El lazo político á que se compara ordinariamente, aunque con impropiedad, el lazo filial, es aquel que une á los colonos con la madre patria; en nuestra opinión, la relación verdadera es mucho más indirecta y más débil: párese á la que existe entre el *gobierno representativo* de la colonia y el de la madre patria. Esta, al menos, es una primera aproximación; en cuanto á la segunda, es necesario tener en cuenta la fácil transmisibilidad de los caracteres adquiridos, es decir, de la reacción del organismo individual sobre

los elementos sexuales, y por consiguiente sobre la estirpe futura. Esto puede explicarse suponiendo que la madre patria tiene la facultad de nombrar cierta parte de los colonos.

Réstanos ahora resumir lo dicho. Hemos empezado diciendo que la mayor parte de los biólogos admiten ciertos postulados que suministran á la teoría de la herencia una base sólida. Estos postulados y sus consecuencias inmediatas nos han permitido explicar la utilidad del doble parentesco de los seres y la de los sexos. En seguida hemos insistido sobre los movimientos incesantes de los gérmenes en la estirpe y sobre las atracciones y repulsiones diversas, y hemos explicado por qué los hermanos y las hermanas se parecen tan poco algunas veces; también hemos demostrado, bajo otro punto de vista, en qué consiste que los gemelos procedentes de una misma estirpe primitiva son tan parecidos ó tan diferentes entre sí, y para esto nos hemos apoyado en los resultados de nuestras propias investigaciones. Después hemos sostenido que la parte desarrollada de la estirpe es casi estéril, y que los elementos sexuales provienen de la parte que queda sin desarrollar. De esta manera hemos podido demostrar la intrasmisibilidad casi completa de las modificaciones adquiridas, y la falta frecuente en los niños de las cualidades más notables del padre ó de la madre; igualmente he referido á la misma causa la ley en virtud de la cual ciertas enfermedades saltan una ó dos generaciones. Hemos emitido la idea de que las segmentaciones sucesivas de la estirpe no son completamente claras y francas; pero que cada tejido contiene muchos gérmenes extraños, los cuales extienden en todo el cuerpo la semilla de cuanto contiene el residuo de la estirpe. Esto explica muchos hechos que la pangénesis exagera sin prestarse á las mismas objeciones.

En seguida hemos discutido los hechos que se invocan como pruebas de la reacción de las modificaciones del organismo sobre los elementos sexuales, y hemos hecho ver que ciertos cambios, que se consideran como debidos á la herencia, no son en el fondo más que cambios colaterales. Sin embargo, hemos admitido algunos de los hechos invocados en favor de la reacción de los cambios orgánicos sobre los elementos sexuales, y, para explicarlos, he adoptado una modificación de la pangénesis; hemos supuesto que cada célula naciente emite gérmenes que pasan algunas veces á la circulación y van á alojarse á los elementos sexuales ya constituidos; esta acción es, pues, independiente de las causas á que se atribuyen principalmente la transmisión hereditaria. En fin, hemos definido la relación exacta que existe entre los padres y sus descendientes.

FRANCIS GALTON.

BOSQUEJOS MÉDICO-SOCIALES PARA LA MUJER.

LA DESERCION DE LA VIDA.

Mortem horret, non opinio, sed natura.
(SAN AGUSTIN).

I.

Cierto filósofo que pretendía haber fatigado algo su inteligencia tras de aquel célebre *Nosce te ipsum* que, en nombre del oráculo, respondieron discretos sacerdotes á una pregunta del rey Cresos de Lidia, osó decir que «el hombre es dentro de su perfección el ser más imperfecto de cuantos existen sobre la tierra,» sin duda porque no hay otro que presente tantas y tan funestas aberraciones morales.

Diríjase, efectivamente, el pensamiento sobre todas las especies que le son inferiores, desde esos cuadrumanos que los naturalistas llaman *antropomorfoideos*, por ser los que más se aproximan al hombre, hasta las más insignificantes, y se verá cómo todos sus sentimientos, actos y tendencias obedecen á necesidades meramente naturales, impuestas por su modo de ser y subordinadas al principio de su vida y perpetuación de la especie.

El hombre, por el contrario, entre sus muchos desatinos y crímenes, comete frecuentemente uno, insensato como ningún otro, y que bastaría para caracterizarle si otros muchos atributos no le separasen ya de los restantes seres. Nos referimos al suicidio.

II.

Nadie ignora que el suicidio puede ser efecto de una perturbación intelectual preexistente al crimen, ó sea de una verdadera locura cuyo estudio y tratamiento deben acometerse dentro de un manicomio; pero además de esos infelices seres que obran sin concierto porque les falta la razón, existen otros muchos individuos, que nadie califica de enajenados, que viven en sociedad y se aburren de la vida por innumerables causas, hasta el extremo de sentirse impelidos á la realización de ese triple atentado, contra Dios, contra la sociedad y contra sí mismo.

Prescindamos por ahora de los primeros y ocupémonos sólo de los segundos, no obstante los alienistas los juzguen también dominados por una perturbación intelectual, siquiera sea momentánea.

Basta echar una rápida ojeada sobre la vida humana, para convencerse que las causas determinantes del suicidio ruedan confundidas lo mismo en el orden moral que en el físico; de ahí que las veamos consistir unas veces en pasiones contrariadas, como

el juego, el amor, los celos, la deshonra, la ambición, la ociosidad, el tedio, los remordimientos, la vanidad, la envidia, etc.; y otras en la pobreza, la embriaguez, los dolores físicos incurables...

Todas y cualquiera de ellas, amasadas convenientemente con una imaginación viva, un espíritu irascible, inquieto, colérico, y casi siempre con una incredulidad religiosa, trastornan al individuo, le arrebatan y le colocan al borde de un abismo en el que se precipita con notoria facilidad.

Pero además de dichas causas, existen otras no menos importantes y decisivas.

Una de ellas es el espíritu de imitación.

Parece imposible que esa impulsión interna, que obliga á la persona á reproducir hechos observados en otros seres, pueda empujar á un crimen tan grande como el suicidio, y, sin embargo, es verdad.

Pero lo es tanto, que la aberración de la cual tratamos es de las que más elocuentemente prueban lo que puede ofuscar el espíritu de imitación.

Vamos á ejemplos.

Plutarco refiere que en Mileto se ahorcó una joven, y de tal manera y tan de veras comenzó á propagarse el suicidio entre las demás del pueblo, que el Senado ordenó para combatirle que los cadáveres de las suicidas se expusieran desnudos en medio de la plaza pública.

Recordamos haber leído que en Poitiers sucedió un caso análogo.

Una de las educandas de un colegio se ahorcó, y á los pocos días ya lo habían hecho también otras condiscípulas.

Indecisa se hallaba la autoridad sobre la disposición que debía tomar para atajar este contagio, cuando en la población comenzaron á presentarse numerosos atentados.

Entonces el prefecto publicó un bando donde amenazaba con exponer desnudos en medio de la plaza los cuerpos de las suicidas, lo cual contuvo algo la epidemia; pero al ver que la amenaza no se cumplía, volvieron á repetirse los atentados con igual intensidad, hasta que se dió orden terminante de cumplir el castigo impuesto.

¡Sólo exhibiendo el cuerpo desnudo de algunas infelices se logró corregir aquella imitación que amenazaba concluir con las jóvenes del pueblo!

M. Desloges, médico de Saint-Maurice (en el Valais), observó en 1843 una epidemia análoga en el pueblecito de Saint-Pierre Monjan. Habiéndose ahorcado una mujer, casi todas tuvieron tentaciones de seguir su ejemplo.

Montaigne habla de una epidemia de suicidios ocurrida en el Milanesado, pero circunscrita á los hombres: en menos de una semana se mataron 25 maestros de obras.

El doctor Rech, de Montpellier, refiere que en 1820

hubo en dicha ciudad más suicidios que en los veinte años anteriores.

A los suicidios de Ricardo Smith y de Felipe Mordant, siguieron en Inglaterra otros muchos por imitación.

Las grandes conflagraciones nacionales, esas hondas perturbaciones de los pueblos que acompañan á las revoluciones políticas, religiosas, comerciales, y en las que se sienten conmovidas, cuando no lanzadas por tierra, las más antiguas tradiciones, lo mismo que la invasión de los Estados por la miseria y los ejércitos extranjeros, constituyen ocasiones muy abonadas para estos delirios.

Habituada entonces la imaginación á ver por doquiera la desolación y la muerte, se identifica con ésta y se menosprecia la vida.

Así, durante el año 1793, la ciudad de Versalles presentó el espectáculo de 1.300 muertas voluntarias.

También durante esta misma revolución francesa, cuando los condenados á la guillotina salían en carretadas al patíbulo, algunos que se vieron abandonados por el desorden general que reinaba, y hubieran podido escaparse confundiendo entre la muchedumbre, reclamaron voluntariamente sus puestos en las carretas que marchaban al suplicio.

Las estadísticas de esta misma nación arrojan durante estos últimos años un número de suicidios mayor del acostumbrado.

Hechos parecidos se repiten con frecuencia, y merece observarse que cuando los periódicos comienzan á referir casos de suicidio, estos aumentan visiblemente.

En Paris, por ejemplo, donde los suicidios son muy frecuentes, los gobiernos se ven precisados á impedir de vez en cuando que los diarios noticieros divulguen las catástrofes que ocurren, como remedio para evitar otras nuevas.

También en Madrid se ha podido comprobar que hay épocas en que los homicidios propios mendeán, y yo recuerdo de ocasiones en que he visto juntos cinco y más cadáveres de suicidas en el depósito judicial del Hospital general.

Tan penetrados estamos de esta influencia, que nosotros vedaríamos, sin reparo y de una manera terminante, la publicación de estos desgraciados sucesos.

III.

Otra causa también indudable es la impresión producida por las novelas y los dramas donde se ensalza este crimen, colocándole á la altura de un hecho heroico.

Creo que todas mis lectoras admitirán lo peligroso de estos absurdos, y si alguna lo dudase podríamos convencerla con infinitos acontecimientos.

Citaremos sólo dos:

A la publicación del *Judío Errante* siguieron infinidad de suicidios por el ácido carbónico, remediando así la muerte de la jorobadita de dicha obra.

Mad. Stael, que durante los primeros años de su juventud se sintió muy inclinada al suicidio, confesó despues que el *Werther* de Goethe (1) ha producido más suicidios en Alemania que todas las mujeres de dicha nacion.

Es evidente que las obras de todos esos soñadores ó espíritus melancólicos, como Chateaubriand, Lamartine y otros muchos, cuyos trabajos parecen un eterno gemido de *ultratumba*, afectan siempre desgraciadamente á las imaginaciones vivas y románticas.

Por esta razon, si pudiera graduarse en el pensamiento de los suicidas las impresiones que les produjeron las lecturas y los espectáculos de sangrientos desenlaces, posible es que muchas veces remontásemos á ellas los primeros gérmenes de su delirio.

IV.

La vida agitada, infernal, de lucha y desengaños, propia de las grandes capitales, es otra causa que explica la diferente proporcion que hay de los suicidios entre las poblaciones urbanas y las rurales.

Londres, Paris, Hamburgo, Génova, Berlin, Copenhague, Nueva-York... presentan cifras desconsoladoras y que estremecen el corazon.

Paris, solamente desde 1794 á 1804, tuvo, término medio, 107 suicidas por año: desde 1814 á 1823 la proporcion aumentó hasta 334; desde 1830 á 1835 la cifra se elevó á 382.

En 1783, Mercier escribía en el *Tableau de Paris*: «Desde algunos años se cuentan cerca de 400 suicidios por año en Paris.» Hoy es evidente que la cifra anual pasa de 600.

Si de Paris extendemos nuestro exámen á todo el resto de la Francia, vemos que, segun la *Statistique officielle* del suicidio en Francia, publicada por el ministerio de Gracia y Justicia, durante el año 1861 el número de suicidios fué, término medio, de 10 á 11 por dia, ó sean 3.899 por año.

En este número se incluyeron 842 mujeres, 3.057 hombres y 16 niños: 9 de quince años, 3 de catorce, 2 de trece, y 2 de once.

La obra del *Suicide en France*, publicada en 1862 por M. Hippolite Blanc, jefe de negociado en el ministerio de Instruccion pública, dice que el número de suicidios se elevó en Francia desde 1827 á 1858, ó sea en el espacio de treinta y dos años, á la enorme cifra de ¡99.662!

En Italia han ocurrido en estos últimos años los siguientes suicidios:

En 1867, 753.

En 1873, 975.

En 1874, 1.015.

En Prusia hubo durante el año 1874, 3.075.

Muy fácil nos sería enriquecer con copiosas cifras este estudio, pues nos las suministran abundantes y curiosas los *Annales de hygiene publique et medecine legale* de Francia; pero conocemos que gustan muy poco de números nuestras lectoras, y esto nos obliga á ser muy parcós en datos estadísticos.

Sigamos.

Londres, cuyos habitantes adolecen de un carácter que todos califican de excéntrico, ofrece cifras todavía mayores.

Crean algunos, con Montesquieu, que la frecuencia del suicidio en esta populosa capital debe atribuirse á que la atmósfera que se cierne sobre ella, de ordinario triste y nebulosa, produce caracteres melancólicos que concluyen por el tedio á la vida.

No negamos en absoluto la posibilidad de esta influencia atmosférica; pero es de notar, con Descuret, que bajo el cielo de Rusia, mucho ménos agradable que el de Londres, los suicidios son muy raros.

Y de España, ¿qué podemos decir?

Que felizmente los desertores de la vida son en menor número que en la mayoría de los otros Estados europeos.

En el período de 1859 á 1864 (1), ó sea en el trascurso de cuatro años completos, se han suicidado en la Península é islas adyacentes 892 personas, que arrojan un promedio anual de 223, ó sea algo ménos de 14 por cada millon de habitantes.

Esta proporcion, comparada con la de otros países, produce la siguiente escala (2):

	Suicidios por cada millon de habitantes.
Dinamarca.....	288
Génova (3).....	267
Sajonia.....	202
Prusia.....	108
Noruega.....	108
Francia.....	100
Inglaterra.....	84
Suecia.....	67
Bélgica.....	57
España.....	14

(1) *Anuario de Madrid*, ya citado.

(2) *Annales de Hygiene publique*, Enero de 1862, pág. 83.

(3) Se incluye á Génova en esta escala de naciones por ser el punto de Europa donde los suicidios son más frecuentes.

(1) *Wertherismo* se llamaba entónces á la perturbacion intelectual que arrastraba al suicidio despues de la fatídica obra de Goete.

Circunscribiéndonos á Madrid, tenemos que en los cuatro años citados sólo ocurrieron 81, es decir, un promedio anual de 20. ¡Cifra consoladora y que merece colocar á nuestro pueblo entre los primeros por su moralidad!

Verdad es que estos últimos años se ha elevado algo más; sin embargo, todavía no alcanza la cifra de los países citados.

V.

Ciertas condiciones climatológicas parece asimismo que pueden favorecer el suicidio.

Foderé y Douglas han observado que cuando el termómetro se eleva en Marsella 22° sobre cero, son más frecuentes los homicidios propios.

El viento abrasador del Desierto, dicen los médicos franceses, fundándose en las observaciones que han hecho en Argelia, ocasiona congestiones cerebrales y vértigos de suicidio.

De igual modo la primavera produciendo movimientos humorales, el verano algunas excitaciones de la cabeza, y los tránsitos bruscos de un tiempo húmedo á otro seco, favorecen bastante la propensión al suicidio.

VI.

Pero la influencia que se alza por encima de todas, la que lleva la batuta (valga esta hipérbole) en ese concierto infernal de causas, es la filosofía especial del sujeto, subordinada casi siempre al carácter religioso de la época.

La mayor parte de los suicidios, dice Foissac en su excelente tratado *Higiéne de l'ame*, presentan la tendencia de su siglo; y es una verdad de toda fuerza.

Nadie ignora que han existido y todavía existen pueblos en los que un ciego fanatismo reclama y hasta sublimiza el sacrificio inútil de la vida.

Por ejemplo, en ciertos puntos de la India las mujeres se arrojaban á las hogueras, considerándose felices al mezclar sus cenizas con las de su esposo.

En la capital de Ceos, patria de Simónides, era permitido y hasta habitual matarse á la edad de sesenta años, y por eso no se veía ningun anciano.

Cuando un sujeto llegaba á la edad dicha, congregaba sus parientes, y despues de coronarse de flores, tomaba una copa de cicuta ó adormideras.

Los *gimnosofitas*, que son unos filósofos indios que hacen profesion de la desnudez, desprecian todos los placeres y se dedican exclusivamente á la contemplacion de la naturaleza, viven entre las selvas, meditan incesantemente sobre la muerte y la miran como un bien supremo.

La fiesta del *Ticonal* en Bengala ocasiona siempre víctimas.

Es difícil, dice el doctor Deville, que la ha visto y comunicó á Esquirol su descripción, formarse una idea de tan atroz y brillante fiesta, á la que acuden devotos y curiosos de los puntos más lejanos de la India.

Despues de diez dias de preparativos, abre la escena la procesion ó carrera del *carro*, que consiste en un vehículo compuesto de zócalos colocados los unos sobre los otros y sostenidos por dos ejes montados sobre ruedas.

Este carro, que lleva al ídolo *Djaggernath*, es muy pesado y le decoran las más ricas telas y las más preciosas pedrerías. En él se queman perfumes exquisitos, y le rodean las *bayaderas*, que son unas mujeres cuya profesion consiste en danzar y cantar delante de las pagodas y del ídolo, y los *brahmas* ó sacerdotes, que van en pié derecho delante del ídolo, aventándole con los *punhad* ó abanicos.

Se atan al carro cuerdas muy largas, para que millares de indios puedan arrastrarle durante la marcha, que es cerca de 20 millas, y entónces los devotos se precipitan bajo las ruedas y se hacen aplastar, siempre en número de 400 á 500, sin que nadie lo impida; miéntras otros se hacen incisiones en los brazos y piernas, y empapados en sangre desafian los ardores del sol y del dolor.

Unos y otros creen alcanzar así una felicidad eterna.

Los pueblos del Norte de Europa miraron por largo tiempo como una deshonra perecer en el lecho, fuese por vejez ó enfermedad, y se buscaban la muerte en los combates ó se suicidaban.

En la interesante obra *Etudes sur l'avenir de la Russia*, publicada el año de 1863 en Berlin por D. K. Schedo-Ferrolí, se refieren curiosos datos sobre las sectas de Rusia, algunas de las cuales se distinguen por la extravagancia de sus doctrinas.

Presentaremos como muestra las de unas cuantas.

La de los *kapitones*, así llamada porque el nombre de su fundador era Kapiton, es la más antigua de todas, carece de clero y considera el suicidio para la fe como la más meritoria de todas las acciones.

La de los *bespopouzi*, de Siberia, vive en la creencia de que el Antecristo apareció ya y ha reinado en la Iglesia rusa, y, por consiguiente, que es necesario evitar todo contacto con sus ministros y adherentes.

Además, estos mismos sectarios recomiendan, como medio seguro de sustraerse al peligro de ser víctimas de las astucias del diablo, el suicidio por el fuego.

Y por cierto que estas recomendaciones no son vanas, pues hubo un dia en que 1.700 personas perecieron voluntariamente por el *inmaculado bautismo del fuego*, que reclamaron de su jefe.

Los *pomaerenes* y los *filopones* profesan la misma creencia en la eficacia del suicidio para la fe.

Hay otras sectas, si cabe, más monstruosas.

La de los *matadores de niños* es una de ellas, pues creen que es un acto meritorio enviar al cielo el alma pura y virginal de un niño pequeño.

La de los *ahogadores* cree que el cielo no se abre más que para los que sucumben de muerte violenta, y miran como un deber asfixiar por sumersión ó manguillar á los que una enfermedad grave amaga con una muerte natural.

Los más fanáticos de esta secta llevan su fervor hasta el extremo de encargarse de hacer este *buen servicio* á sus más queridos deudos y amigos.

VII.

Prescindiendo ya de estas abominables preocupaciones, es indudable que en los pueblos donde han regido firmes y severas creencias religiosas los suicidios han sido más escasos.

Nadie se atreverá á negar que una religion bien dogmatizada es el mejor freno para las pasiones, como un ateísmo completo es el mayor incentivo que arrastra á ellas.

El *epicurismo* minando los principios de toda creencia religiosa, y el *estoicismo* proclamando la libertad y autocracia del hombre, fueron la causa de numerosos desastres en Roma y los pueblos que se dejaron infestar por dichas doctrinas.

Buonafede, al ocuparse en su *Histoire de suicide* de este mismo asunto, asegura que, durante la época en que el reinado de Satán estaba en su mayor apogeo por el mundo, fué cuando el suicidio causó sus víctimas en mayor escala.

Perseguido y batido despues por el cristianismo, sigue diciendo, reapareció potente con el Renacimiento, y á medida que éste fué aumentando sus producciones, el suicidio fué desenvolviéndose.

Sin embargo de esta última coincidencia, á todas luces innegable, no culparemos, como lo hace el escritor dicho y parece apoyar el ilustrado abate Gaume (1), al Renacimiento de esta funesta tendencia.

Y siendo el Renacimiento un empuje de la civilización, aprovechamos tal coyuntura para vindicar á esta de las injustas acusaciones con que muchos procuran zaherirla.

Si la civilización de un pueblo consiste, como así es, en la regencia de un gobierno dulce y sabio, en la codificación de buenas leyes que promulguen y garanticen los derechos de los ciudadanos, cuidando de regular sus relaciones mutuas, haciéndoles conocer sus derechos y sus deberes, y asegurando

á todos una justicia imparcial; si consiste en el esplendor de las ciencias, en el fomento de las bellas artes y en el perfeccionamiento de toda industria; si consiste en la abundancia del trabajo y en la afición á su ejercicio; si consiste en la práctica de la virtud y la persecución del vicio; si consiste en que todos encuentren modo y manera de desarrollar su actividad y sus fuerzas físicas, morales é intelectuales, para el bienestar propio y comun, base de la felicidad humana; entónces la civilización no puede ser causa del suicidio ni puede alimentar crimen alguno.

Cuando observemos lo contrario, cuando veamos á los gobiernos miserables y corrompidos, bastardeadas las leyes, rota la armonía de las relaciones sociales, vulnerados los derechos de ciudadanía, cohechada la justicia, adulteradas las ciencias, decaída la industria, enervado el trabajo, escarnecida la virtud, atropellada la razón y debilitadas las creencias divinas; entónces no existe civilización.

No, no existe, y nos crispa los nervios oír incessantemente que la civilización ocasiona infinitos desastres, cuando precisamente tiende fatal y necesariamente á lo contrario.

¡Civilización y crimen! Hé aquí dos palabras que rabian de verse juntas y que se contradicen; ó una ú otra; las dos juntas nunca.

VIII.

Hoy que, á pesar de un progreso indudable, el escepticismo invade todas las clases sociales; hoy que se conmueven las sociedades con las agitaciones de una profunda revolución y el cisma cunde, y hoy que todos hacemos alarde de no creer más que lo que palpamos, y aún de esto dudamos como buenos pirrónicos, el número de suicidios aumenta sin cesar.

Hoy ya el suicidio es moneda corriente que á nadie alarma ni horroriza; lo mismo hombres que mujeres, militares que sacerdotes, ancianos que niños, en las grandes ciudades como en las pequeñas aldeas, se apresuran á rendir homenaje al suicidio.

Y esto es lógico, es de rigurosa consecuencia.

La falta de fe divina, la negación completa de todo principio religioso y de todo temor de Dios, conduce á él fatalmente.

Desde el momento que el hombre se persuade de que es dueño absoluto de sus acciones, de las cuales á nadie tiene que rendir cuenta, y de que no hay más placeres y dolores que los de este mundo, en donde abundan los segundos y escasean los primeros, ¿por qué razón se ha de soportar una vida henchida de sufrimientos?

¿Por qué se ha de prolongar voluntariamente una

(1) *Traite du Saint-Esprit*. Paris, 1864, pág. 350 del tomo I.

existencia odiosa y que amargan incesantemente sombríos desastres?

La tumba entónces es el reposo eterno; brinda con todos los encantos de la paz, y es forzoso escuchar su voz amiga cuando el infortunio oprime, y sepultarse entre sus brazos, únicos en donde reside la tranquilidad.

¿No hay valor para dispararse un tiro? ¡Qué importa! Existen infinitos medios que llenan de flores el tránsito de la vida á la muerte. Tenemos los calmantes de todos géneros, como el opio, el láudano, el beleño y multitud de sustancias que lanzan insensiblemente al cuerpo en el seno de la tumba.

IX.

Hemos advertido en el capítulo anterior, y volvemos á recordar aquí, que el que estas líneas escribe no es uno de esos espíritus fanáticos que viven reñidos con lo que arroja la sociedad actual.

No, muy léjos de eso, es uno de los que sienten latir tan imperiosa su razon, que repugna los misterios de toda clase.

Pero eso no obsta, sin embargo, para que lamentemos las inconscientes negaciones y torpes doctrinas que algunos siembran entre las masas ignorantes, como tambien lamenta las intolerancias religiosas de los que creen que todos deben admitir forzosamente sus creencias.

Hecha esta aclaracion, que concederá á nuestras observaciones el valor que legitimamente les pertenece, no el que nosotros queramos darlas, confesamos que creemos á ojos abiertos, cerrados, y de todos modos, que la religion es una necesidad social.

El hombre, sí, podría vivir entregado á sus naturales impulsos si estos fuesen buenos siempre. Pero desde el momento en que se convenga que el individuo es una olla corrompida de pasiones, y que así como á unos les basta conocer sus deberes para cumplirlos, otros se sienten atraídos siempre por el vicio, sin que los detengan las penas de esta vida ni el menosprecio de los demas, es necesario implorar el auxilio de una fuerza poderosa que lleve su accion hasta el alma, para poder batir á la enfermedad en su mismo campo de batalla.

Existe un suicidio que yo me atrevo á calificar de filosófico, porque obedece á los desórdenes de una amarga filosofia, fomentada al calor de la incredulidad religiosa.

Podría citar bastantes ejemplos, pero voy á presentar uno sólo: el de un querido amigo mio.

Como el suceso es reciente, creo excusado advertir que viven casi todas las personas que conocieron al desdichado de quien vamos á ocuparnos, incluso su señor padre.

X.

Ricardo N..... era un muchacho á quien apreciábamos bastante sus condiscípulos.

Hijo único de un padre que le adoraba y procuraba satisfacer sus caprichos, si es que alguno tenía, se había visto privado desde muy temprana edad de una madre á la que tributaba tan indelebles como cariñosos recuerdos.

Era de regular desarrollo, rostro agraciado, aunque de color muy bajo, y se distinguía por su natural despejo, su aplicacion y el afecto que tributaba á los compañeros.

Ya desde muy pequeño habíamos observado en él una formalidad impropia de los primeros años, pues yo no recuerdo haberle visto figurar nunca en esas asonadas que provocábamos sus condiscípulos, ni jamás le descubrí vicio alguno.

Ricardo engañaba á cualquiera. Todos le creíamos un muchacho feliz, nunca su semblante aparecía triste, y sin embargo, una amarga filosofia le hacia insoportable su existencia, retorciéndole su tierno corazon en la desgracia.

Sólo tratándole mucho y acompañándole con frecuencia á ciertas diversiones, se podía vislumbrar que, léjos de ser dichoso, era un verdadero mártir de dolorosas decepciones, que hallaba aún en las cosas más triviales.

Una tarde estaba con otro condiscípulo viendo una graciosa comedia que á cada momento hacia prorumpir en ruidosa hilaridad al público.

Todos se reían, y sólo Ricardo de vez en cuando dibujaba una leve sonrisa que desaparecía pronto.

—Pero, hombre, ¿no te ries?—exclamó admirado el amigo que le acompañaba, y me refirió este episodio.

—No puedo,—respondió con acento de marcada amargura.

—¿Te sucede algo?

—No, nada; es propio de mi carácter.

Esto sucedía siempre. En sociedad se sonreía porque se creía obligado á ello; pero esa risa alegre y franca que arranca del corazon y hace batir las mandíbulas, nunca la tuvo.

Ricardo contrajo estrecha amistad con otro jóven de un carácter parecido al suyo, y siempre se los veía juntos, paseando por lugares retirados y discutiendo sobre la vida.

Poco disfrutó de esta compañía, para él tan grata, pues la tisis arrebató á su amigo, sumiendo á Ricardo en una profunda tristeza.

Contrajo despues relaciones con una linda y virtuosa jóven, á la que amaba apasionadamente, y de la cual era igualmente correspondido, teniendo la dicha de que no nublasen tan puros amores celos ni inquietudes de ninguna clase.

En tales condiciones, una tarde de mediados de Marzo del año 1872, sin que precediese causa conocida, y sin que disgusto alguno le desesperara más que ordinariamente pudiera estarlo, tomó la resolución de matarse.

Se encierra en el despacho de su padre, le escribe una carta de despedida tan lacónica como tierna (4), después una nota en la que daba algunas disposiciones sobre cambios de libros, y lo coloca todo en sitio donde pudiera ser fácilmente encontrado.

Terminado esto, se metió una pistola de dos cañones en el bolsillo, estuvo después jugando con los dependientes de su casa, al parecer más contento que otras tardes, y ya anochecido se despide para ver, según costumbre, á su novia.

Vivía esta en la calle Ancha de San Bernardo, y al llegar allí la suplicó saliese á pasear, manifestándola sin perfrasis su loco propósito.

Sobrecogida la infeliz, y no dudando de aquellas palabras, abandonó su casa conforme se hallaba vestida; y ella tratando de disuadirle, y él irrevocable en su resolución, estuvieron recorriendo calles hasta hora avanzada de la noche.

Durante este tiempo aconteció que, atemorizada la joven en vista de que eran infructuosas cuantas reflexiones, súplicas y lágrimas empleaba, cuidó de ver si encontraba alguna persona amiga para llamarla y que la ayudase á impedir aquel atentado, aún cuando tuviese que arrancar de las manos de su trastornado amante el arma fatal.

Una vez creyó distinguir lo que deseaba, y exclamó con mal reprimida ansiedad.

—¡Ah! por allí viene fulano.

—¡No le llares!—dijo con energía el insensato;—antes de que llegase hasta mí observarías un espectáculo desagradable.

—¡No, no es!—repuso en seguida la joven aterrada con tan inquebrantable firmeza.

Terminado este incidente, siguieron paseando.

(4) Tenemos el gusto de publicar aquí este documento, copiado literalmente y sin añadir siquiera una coma. Su contenido confirma nuestro juicio. El tipo de letra era perfecto, y no demostraba la más leve alteración del pulso; decía así:

«Marzo 1... de 1872.

Padre mio: Por no hacerte sufrir; por no amargar los últimos años de tu existencia; por evitarte el sentimiento de mi ingratitud, de mi crimen, y de mi muerte, he renunciado varias veces á quitarme la vida, único alivio á mis padecimientos morales. Hoy ya, mi dolor es tan grande, y mis sufrimientos tan superiores á la resistencia que puedo oponer, que temo llegue á realizarse en este día, el insensato deseo que alienta mi trastornada razón hace algún tiempo.

En este caso, padre mio, espero, que haciendo justicia á mis desdichas, me concedas tu perdón y te compadezcas de un hijo que por enviarte su último y cariñoso adiós, está pasando el más horroroso y cruel de los tormentos.

Adiós, padre querido, adiós; recibe mi bendición y mi cariño, y ruega alguna vez por tu desventurado hijo.—Ricardo.»

Cerca de la una de la mañana sería, y hallábanse ámbos en la calle de Silva, cuando el semblante de Ricardo comenzó á descomponerse por una violenta exaltación.

En vez de su palidez ordinaria, apareció encendido como si tuviese el joven abrasadora calentura; sus ojos lánguidos se inyectaron de sangre como si fuesen á saltar, y lanzaban al través de las pupilas rayos de fuego; bañaba su frente un sudor frío; las manos se crispaban tetánicamente, y el pecho se agitaba con oprimida ansiedad.

¡Oh! Aquel era un vértigo horrible, una verdadera sacudida de crueles padecimientos que debían atenecear su angustiada alma, pues llevándose el desdichado su convulsa mano á la frente, y apretándola como si temiese que estallara con la fuerza de su locura, exclamó con voz enronquecida y mirando al cielo:

—¡Madre, madre mia, qué noche más cruel estoy sufriendo!!

De pronto, y como si sacudiese de sí una angustiosa pesadilla, cogió la mano de su amada, la echó con frenesí entre las suyas, y dijo:

—¡Adiós, hasta la eternidad!

En seguida echó á correr en dirección á la plazuela de Santo Domingo.

La joven comenzó á llamarle con voces ahogadas por el sollozo, y viendo que nada escuchaba, corrió desolada á su propia casa, puso en alarma á sus padres, les refirió con rapidez lo sucedido, suplicándoles fuesen á la plazuela de Santo Domingo á evitar la muerte de Ricardo.

Todo fué inútil.

Cuando el padre de la joven pisaba la plazuela oyó una detonación que salía de entre los jardinillos que allí existen.

Quiso ver si aún era tiempo; pero al llegar al lugar del siniestro, el cuerpo exánime de Ricardo aparecía caído sobre un banco, con la cabeza manchada en sangre.

El infeliz se había disparado sobre la sien derecha, y la bala había cortado su vida con la rapidez del rayo.

En el día siguiente varios amigos y condiscípulos suyos contemplábamos con lágrimas en los ojos su cadáver sobre una sucia y escueta mesa del depósito judicial del hospital General.

Todos los que allí estábamos le queríamos entrañablemente; todos hacia muchos años veníamos siendo condiscípulos suyos, y entonces recordábamos ¡aciaga coincidencia! que no hacía mucho tiempo observábamos en su compañía y en aquel mismo sitio, el cadáver de otro condiscípulo, muerto también desgraciadamente.

Aquello nos parecía un sueño.

¡Pobre Ricardo!!

XI.

He referido este triste suceso, aunque haya afligido mi corazón con amargas reminiscencias, porque quiero demostrar que no siempre la locura ni las catástrofes individuales, ni las bancarotas, ni los amores desgraciados, ni la imitación, ni cuanto hemos expuesto pueden explicar el suicidio de ciertas personas.

Hay todavía algo más; existe otra causa que de un modo misterioso y paulatino va tejiendo en los pliegues de la inteligencia la idea y la resolución del suicidio; esa causa, ya lo hemos dicho, es una bastarda filosofía cuando las decepciones que á su sombra brotan no son alentadas ni aminorados sus tormentos con los dulces encantos de la religión.

Decíamos hace años en un artículo, cuando muy niño todavía no habíamos podido estudiar los desvarios de la razón enferma, y repetimos hoy que nos preciamos de conocerlos algo:

«Las pasiones contrariadas, los apuros apremiantes y las ideas falsas de honor, todas influyen mucho y aún son causas que determinan una mayoría de atentados. Pero no son solas; entre ellas figura otra no ménos interesante: tal es la preocupación, la meditación filosófica, que, siendo triste, arrastra necesariamente á la hipocondría, pues hace patentes y agranda hasta la crueldad los desengaños más soportables, y empezando por despertar, quizás al acaso, la idea del suicidio, puede terminar por presentarle como el iris de ventura para los espíritus tristes, como la clave que resuelve la tranquilidad deseada poniendo un veto á las profundas penalidades.

Hay una época en la vida del hombre, proseguíamos, durante la cual se verifica una modificación, tanto en su físico como en su moral, porque al desenvolvimiento completo del organismo acompaña la manifestación de sus inclinaciones, de su ulterior carácter, de lo que ha de ser: esta es la edad de quince á veinte años (1).

En ese breve período, la vida, amenazada por multitud de causas destructoras (2), tiene una de sus principales manifestaciones en el desarrollo intelectual del sujeto, que le hace fijarse con particular empeño en lo que le rodea, en lo que es el hombre, en sus fines, en la sociedad, en la civilización, en ese *maremagnum* que tiene por atributo lo ficticio, la hipocresía; y si su inteligencia no está educada, su raciocinio no penetra en él; pero si una brillante instrucción la coloca en aptitud de conocerle, entonces la imaginación, muy susceptible de ser fuerte-

mente impresionada, lucha sin descanso, y en esa cruel pelea, el desconsuelo y la postración representan la derrota que cae sobre el desdichado, que al comprender lo miserable de esta vida, esa mascarada ruidosa que se llama sociedad, ó se lanza en medio del torbellino, ó desdeña entrar en la danza, en cuyo caso sufre al ser simple espectador y al sentirse atropellado en las numerosas revueltas que ejecutan los demás.»

Es evidente; la filosofía amarga de los desengaños y la meditación causal muy prolongada, pueden ser fruto de provechosas lecciones, no lo dudamos; pero también son el origen de numerosas desgracias.

La ilusión es lo que engalana y atavía lisonjeramente las cosas de este mundo. Vivir entre ilusiones es vivir. ¡Desdichado aquel que procura remover ese falso oropel, esa ligera hojarasca que disfraza la vida! El desengaño que sufre es tan doloroso como el que, seducido á distancias por los hermosos matices del arco iris, se aproximara á él para coger el polvillo donde aparecen desleídos.

Una vez metido en su aureola, en balde buscaría lo que tanto había fascinado su mirada; sus manos se agitarían entre las descomposiciones de la luz y no encontrarían nada. ¡De cerca todo se había desvanecido!

Pero variemos de rumbo, y dejemos estas reflexiones que han surgido de mi mente como preciso corolario de un triste recuerdo.

¿Quién es capaz de cortar los vuelos de la imaginación?

¿Quién puede impedir que cada inteligencia vea las cosas de distinto modo?

Entre Demócrito y Heráclito, entre la risa y el llanto, existe la misma distancia que entre Epicuro que buscaba el placer y Zenón que preconizaba la virtud como la felicidad suprema de esta vida.

Comedia y tragedia: hé aquí los dos polos entre los cuales gira la humanidad. Las carcajadas de media humanidad han formado siempre coro con los sozuelos de la otra media.

¡Felices los que logran acomodar á sus ojos un prisma risueño que les permite verlo todo por su lado más alegre!

XII.

No obstante ser el suicidio un atentado que repugna á la misma naturaleza, hay ocasiones en que merece disculpa y hasta admiración.

Cuando la religión, la patria y el verdadero honor de la persona lo reclaman, puede tornarse en un hecho heroico.

Los infinitos mártires de la religión que se dejaron matar, ó se precipitaron con valor en la muerte antes que faltar á su fe, como por ejemplo, Santa Pe-

(1) Por más que las estadísticas señalen la mayor frecuencia de los suicidios entre los veinte y los cincuenta años, los sucesos demuestran que también es frecuente entre las edades citadas arriba.

(2) Nos referimos á las enfermedades propias de esta edad.

lagia, que se arrojó de lo alto de una casa para librarse de sus verdugos, y Sanson que, sintiéndose recobrar sus fuerzas perdidas, se aproxima á las columnas del templo, hace bambolear el edificio y perece entre sus ruinas con miles de filisteos;

Los héroes que consintieron sacrificar su vida ántes que vender á su patria ó divulgar importantes secretos de Estado, como Felipe Strozzi el Florentino, que prefiere atravesarse con su espada á declarar los nombres de los conjurados que habían de salvar á su patria querida de la opresión y el despotismo; Aníbal, Temístocles y otros infinitos héroes que la historia registra;

Y la casta jóven que, como Lucrecia, derrama su sangre para reparar su deshonor, ó para librar su honor amenazado, no pueden ser comprendidos entre la reprobación general que ocasiona un crimen tan odioso como el homicidio de sí mismo en otras circunstancias.

XIII.

Salvo raras ocasiones en que el suicidio es una resolución fortuita, por lo común representa la ejecución de un propósito alimentado durante largo tiempo.

El suicidio filosófico es uno de los que más siguen este curso, y por ende el que suele llevarse á cabo con mayor sangre fría.

Hay sujetos que lo realizan con toda la naturalidad de una operación profesional cotidiana.

Mi amigo Ricardo preparó el suyo con una serenidad imperturbable, con la misma que había demostrado en otras ocasiones que trató de realizarlo y por circunstancias varias no lo logró.

Foissac refiere que un hombre célebre, que había visto fracasados sus proyectos de reforma social, y había perdido con ellos su fortuna, resolvió darse la muerte.

Reflexionó un mes entero, y el día ántes del que había señalado como el último de su vida, se encerró en su aposento para pensar en lo que iba á hacer.

Dejó pasar veinticuatro horas, y después cogió una pistola cargada, metió el cañón en su boca, y se concedió todavía otro cuarto de hora de meditación.

A ser árabe, hubiese dicho que estaba escrito, pues llegó el último minuto, y, firme en su decisión, disparó y cayó bañado en sangre.

Aunque ejecutado con una calma extraordinaria, este suicidio no ocasionó la muerte, y apenas el infeliz vió un cirujano vecino que había acudido al ruido de la detonación, lo primero que se le ocurrió fué la siguiente pregunta:

—Explicadme, doctor, cómo es posible que un

hombre que tiene dos balas en la cabeza pueda hablaros todavía.

Inglaterra goza fama de ser la primera nación donde abundan esta clase de suicidios. Verdadero ó falso, es ya proverbial que un inglés se mata con la misma flema que se toma un vaso de cerveza.

Pero predomine ó no esta calma incomprensible, es indudable que el crimen que nos ocupa representa casi siempre un desenlace hace tiempo concebido.

Temible es que por cualquiera causa comience á fijarse la imaginación en la idea del suicidio; después es difícil olvidarse de ella.

Del mismo modo que una tenaz fantasma acosa la asustadiza imaginación de un niño apenas queda sumido en la oscuridad, también implacable la idea del suicidio asalta la mente del infeliz apenas nublan su alma las sombrías tinieblas de la desdicha.

Mad. Stael dice que las tentativas de suicidio que la asaltaron á los 17 años de su edad, y al cual se sentía atraída como por un encanto misterioso, fracasaron sólo por un concurso dichoso de circunstancias.

Kotzebue escapó al pensamiento del suicidio, que le acosaba incesantemente, componiendo con febril pasión su drama *Misanthropie et repentir*.

Sabemos un caso que oímos referir á nuestro sabio maestro el doctor Esquerdo, cuando nos daba sus brillantes y fogosas lecciones sobre el delirio, y que es más notable que los citados.

Un jóven dió por fijarse en la muerte, y de tal modo se familiarizó con ella, que cualquier disgusto provocaba en él conatos de suicidio.

Un día que en la academia no supo la lección se abochornó de tal manera que, llegado á su casa, se dispuso á realizar su premeditado afán.

Coge una pistola, se la aplica á la sien y se estremece al frío contacto de aquel metal. ¡Cosa rara! Aquella frialdad le acobarda; y sin embargo, quiere matarse.

Busca entonces un cartón, le agujerea para que pueda pasar la bala, se lo pone sobre la sien, encima la pistola y se mata.

Y basta ya de episodios, que harto preñado de ellos tenemos este artículo.

Vamos á terminar con el suicidio.

XIV:

El progresivo aumento que durante el siglo XIX viene adquiriendo este funesto atentado obliga á pensar maduramente sobre los medios que deben emplearse para atenuar su propagación.

Sabido es que los legisladores han impuesto penas contra los suicidas; pero puede admitirse que el temor á ellas influirá algo en quien se desprende vo-

luntariamente de la vida? Contesten por nosotros las lectoras.

Mejores resultados creemos pueden obtenerse con otros medios, y á ellos deben acudir los gobiernos ilustrados, en primer lugar, y las familias despues.

Los principales son los siguientes:

Sembrar una buena educacion durante las primeras edades; despertar la aficcion al trabajo; perseguir el juego y las otras malas pasiones que trastornan la razon; prohibir todas las obras y espectáculos en que se ensalze el suicidio.

Se ha observado que el celibato, ó sea la vida des- arreglada é independiente que le acompaña, favorece mucho el suicidio, y entónces debe procurarse contraer obligaciones, como el casamiento, que ligan con afecciones de familia á la vida.

Tambien las pasiones mismas pueden contraponerse como un eficaz auxilio para combatir el tedio á la vida. ¡Cuántos deberán al amor la reconciliacion con una existencia que les era insop- table!

Pero sobre todas ellas, volvemos á repetirlo, se encuentra la religion; y para ello los gobiernos esclarecidos deben impedir que se propaguen malas doctrinas, y que se inculque en el corazon de esas masas ignorantes é inconscientes el escepticismo, pues de él nunca resultará bien alguno.

No pedimos con esto que se respeten y declaren inviolables las prácticas religiosas cuando éstas son bastardeadas por los más interesados en hacer de la religion un bálsamo consolador para los desdichados de esta vida y un freno para las pasiones; no, entre los santos dogmas de una religion y las prácticas más ó menos detestables de algunos de sus ministros hay la misma diferencia que entre el admirable credo de una república bienhechora y los torpes desaciertos de los republicanos.

Por consiguiente, á los individuos que sientan, por naturaleza y por un desmedido orgullo, que no satisfacen á su razon los dogmas de una doctrina tan admirable y virtuosa como el cristianismo, les creemos con derecho á opinar dentro del fuero de su conciencia como mejor les plazca, pero nunca á difundir entre las gentes sencillas ese escepticismo que borra del corazon humano un código de moralidad.

Todo hombre que vive en sociedad tiene un derecho y un deber innatos; el primero difundir lo que puede servirle de algun beneficio, y el segundo evitar cuanto tienda á su perjuicio y desorganizacion.

Sentado esto, ¿qué frutos esperan de sus doctrinas esos que abogan en sociedad por el reinado de la *diosa razon* y combaten todas las religiones?

Decididamente ninguno bueno.

Yo admito, comprendo y disculpo que, dentro de

la ciencia, y entre hombres ilustrados, se discutan y depuren los orígenes de las fuerzas vitales, porque sé que del ateo ilustrado se deben esperar toda clase de virtudes humanas; pero lo que no comprendo es que haya quien siembre entre gentes rudas la semilla de la incredulidad, porque es lógico que del ateo inconsciente deba esperarse todo lo malo.

Verdadera ó falsa la idea del Dios Supremo, anterior ó posterior al hombre, fuera locura poner en duda su necesidad social. Respetémosla, pues, en este sentido, y procuremos sacar de ella todo el partido posible para el bienestar y la tranquilidad de la vida en este valle de lágrimas.

DR. ANGEL PULIDO.

EL AÑO ASTRONÓMICO 1876.

El 1.º de Enero del año bisiesto de 1876 es el 11 Nevoso del año 84 de la República francesa; señala el año 1876 de la Era cristiana, adoptada 586 años despues del nacimiento de Jesucristo; el 5636 de la Era de los judíos; el 1293 de la egira ó ealendario turco, año que comienza despues de la luna nueva, el 28 de Enero; el 2629 de la fundacion de Roma, era que ha desaparecido ya; el cuarto año de la 663 Olimpiada, era no ménos olvidada en nuestros siglos modernos; el 2623 de la era de Nabonassar, etc., etc., así como otras cien eras chinas, japonesas, africanas, etc., más ó ménos nuevas, más ó menos locales, por las que las tribus de la humanidad diferentes de las nuestras cuentan tambien sus años y su historia.

El movimiento de nuestro globo girando alrededor del sol no es perfecto, sencillo y uniforme como fuera de desear, y no se realiza en un número exacto de dias, sino en un período de 365 de éstos, más una fraccion, y esta maldita fraccion es la que impide é impedirá siempre formar un calendario regular.

Si esta fraccion fuese de un cuarto de dia precisamente, bastaría añadir un dia al año cada cuatro, y todo estaría arreglado. Pero el año no es de 365 dias y 6 horas justas, sino de 365 dias, 5 horas, 48 minutos y 47 1/2 segundos. Estos 11 minutos y 12 1/2 segundos de ménos son muy embarazosos y difíciles de colocar. Haciendo, en efecto, un año bisiesto regularmente de cuatro en cuatro años, como lo decidieron los astrónomos del tiempo de Julio César organizando el calendario Juliano, se hace la medida del tiempo un poco más larga, y la diferencia llega á tres dias en 400 años. En el siglo XVI era ya la diferencia de 10 dias, y el año civil era

mayor (esos 10 días) que el año real. Continuando así, poco á poco, de siglo en siglo, llegaría la primavera el 10 de Marzo, el 1.º de Marzo y el 20 de Febrero en lugar del 21 de Marzo, y las estaciones habrían retrocedido.

Ya en aquel tiempo era muy importante la fecha de la Pascua; y mientras que el Concilio de Nicea, en 325, había creído determinarla para siempre basándose en el calendario Juliano, el Concilio de Trento, en 563, hizo constar que no había medio de calcularla sino conforme al rito de la resurrección, colocándola en la luna llena del equinoccio, pues de otro modo habría concluido por llegar en invierno. Los astrónomos del tiempo del Papa Gregorio XIII calcularon entónces el calendario Gregoriano, que se aproxima mucho más á la verdad que el Juliano. Como era necesario quitar cerca de tres días cada 400 años, se decidió que los años bisiestos fuesen arreglados como ántes, pero que de cuatro años seculares sólo hubiese uno bisiesto en vez de cuatro. Así, los años de 1700, 1800 y 1900 son bisiestos en el calendario Juliano y no lo son en el Gregoriano. Hay una regla muy sencilla para encontrar si un año secular es bisiesto ó no: suprimir los dos ceros de la derecha; si las cifras restantes son divisibles por cuatro, el año es bisiesto, y nó en caso contrario. Hé aquí toda la diferencia entre el calendario Juliano y el Gregoriano.

¡Cuán niños son los hombres! ¡Cuán poco razonables son los pueblos! Nadie puede asegurar que no haya ventaja en ponerse de acuerdo con la naturaleza, sobre todo en materia de una utilidad tan universal y tan constante como la medida del tiempo. Pues bien: fuera de los países que obedecen directamente la jurisdicción espiritual del Papa, nadie quiere adoptar la reforma gregoriana. Hasta 1752 no se decidió á ello Inglaterra. Los países protestantes declaraban que preferían estar en desacuerdo con el sol que de acuerdo con el Papa. Y todavía hoy existe un gran país que no la ha adoptado, la Rusia, que al presente se halla retrasada en 12 horas, y que lo estará en 13 dentro de 24 años. No hay ciertamente motivo alguno que explique esta anómala persistencia. La Polonia, que corrigió su calendario después de 1586, tuvo que volver al malo por orden de la Rusia. Hé aquí una rutina en que cada uno reconoce el absurdo, y que se perpetúa (como tantas otras, por otra parte) á través de las generaciones y de los siglos y á pesar de las revoluciones más estrepitosas.

Como quiera que sea, la tierra gira anualmente alrededor del sol en el período dicho más arriba, y produce en su curso las estaciones y los fenómenos astronómicos. Cada año tiene sus situaciones cósmicas especiales. Los aficionados á la astronomía que quieren estar al corriente de los principales

fenómenos celestes, y comprobar algunos á la simple vista, ú observarlos con el auxilio de un pequeño antejo astronómico, con frecuencia encuentran obstáculos para conocerlos, sin que, por otra parte, ninguna publicación se los indique en su conjunto: ni el *Conocimiento de los tiempos*, ni el Anuario de la Oficina de longitudes, ni los almanques. Respondiendo al deseo expresado por cierto número de nuestros lectores, publicamos aquí las observaciones que serán más interesantes en el curso del presente año 1876.

Comencemos por los eclipses. En el año de 1876 habrá cuatro: dos de sol y dos de luna. Los eclipses de sol serán *invisibles*. El primero, que tendrá lugar el 25 de Marzo, será anular; comenzará en las islas del Océano Pacífico á 169 grados de longitud oriental y 8 grados 46 minutos de latitud Norte, y su línea central se dirigirá hácia el Nordeste; atravesará la América del Norte y concluirá á los 47 grados 43 minutos de longitud Oeste y 67 grados de latitud Norte. El segundo eclipse de sol se verificará el 17 de Setiembre y será total: su línea central estará completamente comprendida en el Océano Pacífico. Estos dos eclipses estarán, pues, en malas condiciones para que sean observados. En cuanto á los de luna, ambos serán visibles, pero parciales.

El primero tendrá lugar el 10 de Marzo y comenzará á las cuatro de la mañana para concluir al salir el sol. Por una coincidencia bastante rara, se podrá ver al mismo tiempo salir el sol (pues su salida tendrá lugar á las 6 y 25 minutos) y ocultarse la luna, lo que se verificará á las 6 y 30 minutos. Este será precisamente el momento del eclipse de luna, y así podremos ver al mismo tiempo el sol iluminando la luna llena, parcialmente eclipsada. El tamaño del eclipse será de 0,295, siendo el diámetro de la luna de 1, es decir, que la parte eclipsada será un poco más de un cuarto del diámetro de la luna.

El hecho de ver el sol durante un eclipse de luna sería imposible sin la refracción de la atmósfera terrestre que eleva ambos astros por encima de su posición verdadera, mientras que en realidad los tres centros del sol, de la tierra y de la luna se encuentran entónces en una misma línea recta.

El segundo eclipse de luna tendrá lugar el 3 de Setiembre, y comenzará á las 6 y 56 minutos de la tarde, un cuarto de hora después de salir la luna; la entrada en la sombra se verificará á las 8 y 25 minutos; la mitad del eclipse á las 9 y 32 minutos; la salida de la sombra á las 10 y 39 minutos, y el final del eclipse, ó salida de la penumbra, á las 12 y 6 minutos de la noche.

Un fenómeno raro y curioso tendrá lugar el 7 de Agosto próximo: el admirable planeta *Saturno* se aproximará á la luna, tanto, que concluirá por to-

carla y aun por pasar por detras y salir por el otro lado. La inmersión ó contacto del anillo de Saturno con la luna se verificará á las 5 y 22 minutos de la mañana; la ocultación durará cerca de una hora, y la emersión ó salida tendrá lugar á las 6 y 11 minutos de la mañana. El espectáculo seria del mayor interes si se verificase durante la noche; desgraciadamente el 7 de Agosto sale el sol á las 4 y 23 minutos, y será ya pleno dia cuando la ocultación se verifique. Pero examinando desde la vispera la posición de Saturno relativamente á la luna, se podrá observar fácilmente el fenómeno con un anteojo astronómico aun de escasa potencia, y se formará idea de esta magnífica conjunción del más hermoso planeta de nuestro sistema con nuestro satélite. Dos dias despues será luna llena, y la luna se ocultará ya ese dia á las 6 y 45 minutos de la mañana.

Este año habrá muchas ocultaciones de estrellas muy interesantes de observar, siendo las más curiosas las de las pléyades, delante de las cuales pasará la luna cuatro veces este año para un habitante de Paris, pues á causa de la corta distancia de la luna á la tierra, no se ven en Lion y en Marsella las mismas ocultaciones de estrellas que en Paris ó en Dunkerque, y hay un efecto de perspectiva ó de paralaje, cuya observación es muy instructiva. Dos de las principales de esas ocultaciones son la de Saturno y la de las pléyades, que tendrán lugar el 6 de Octubre desde las 8 y 48 minutos de la tarde á las 10 y 41 minutos.

Las mayores mareas del año tendrán lugar el 19 de Setiembre (105), el 21 de Agosto (104), el 11 de Marzo (102), el 27 de Marzo (102) y el 25 de Abril (101). Será interesante por extremo observar en estas épocas la subida como el descenso del mar en las playas del monte San Miguel, de Saint-Malo, y en todas las costas de pendientes suaves á las orillas del mar, así como el fenómeno, siempre imponente, del reflujo en Caudebec.

Examinemos ahora las épocas en que cada planeta estará en mejor situación para que se le observe. Próximo como está al sol y constantemente sumergido en sus fuegos, *Mercurio* sólo es visible para nosotros en las partes de su órbita que concurren á formar un ángulo recto con la tierra, es decir, en sus mayores elongaciones (alejamientos aparentes) occidentales ú orientales. Las mayores elongaciones de la tarde tendrán lugar: el 28 de Enero, época en que se oculta una hora y 14 minutos despues de puesto el sol; el 21 de Mayo, en que se pone hora y media despues que este astro, y el 17 de Setiembre en que lo verifica hora y media tambien despues del sol. Las mayores elongaciones de la mañana tendrán lugar el 9 de Marzo, el 9 de Julio y el 28 de Octubre.

El planeta *Vénus* continuará centelleando todas las tardes en el cielo occidental hasta el mes de Junio. El 4 de Mayo alcanzará su mayor elongación y se retardará en más de 3 horas respecto del sol; se le verá brillar al Sudoeste, y con un anteojo astronómico podrá reconocerse que ofrece entónces el aspecto de la luna en su primer cuarto. Su diámetro, que sólo es de 11 segundos el 1.º de Enero, será entónces de 23 segundos; despues, y á medida que se aproxime al sol y á la tierra, aumentará hasta alcanzar 57 segundos al comienzo de Julio, época en la que pasará por delante del sol, no precisamente como el 9 de Diciembre de 1874, sino un poco ménos, y cesará de ser visible. Su mayor brillo tendrá lugar en el mes de Junio, época en que se presentará en un anteojo bajo la forma de media luna plateada, aminorándose cada vez más. Pasando enseguida al otro lado del sol, vendrá á ser estrella de la mañana en el mes de Agosto, alcanzará su mayor elongación el 23 de Setiembre, y continuará como estrella de la mañana hasta Diciembre.

El planeta *Marte* se aleja cada vez más de nosotros, y no volverá á estar en buenas condiciones de observación hasta 1877, época en que se aproximará á la tierra en su mínima distancia, lo que no ha hecho desde hace quince años, y lo que nos permitirá continuar los mapas que construimos de ese mundo tan semejante al nuestro.

El brillante *Júpiter* se cierce en la constelación del Escorpion, en la que describe sinuosidades que hemos observado y hecho constar en nuestro mapa de ese planeta. Estará en oposición con el sol el 17 de Mayo, y entónces pasará por el meridiano á media noche. A partir de esta época, se retardará respecto del sol y continuará visible por la tarde hasta que la constelación en que se encuentra descienda bajo el horizonte á la puesta del sol. Se ve, pues, que en los meses de Mayo, Junio y Julio estará en la mejor situación para que se le observe, brillando al Sur como la primera estrella del cielo. Sus fajas se hacen cada vez más débiles.

Los anillos de *Saturno* van cerrándose cada vez más, cambio que es muy visible de año en año, aun con un anteojo de poco poder; desaparecerán por completo en 1877; la combinación de los movimientos de traslación de Saturno y de la Tierra conducirán á nuestro planeta al plano de los anillos, y al sol tambien, de tal modo que éste los ilumine sólo por el canto.

Pocas observaciones hay que hacer sobre *Urano*, y nada que decir de *Neptuno* ni de los pequeños planetas situados entre Marte y Júpiter, que actualmente son en número de 157, ni de los cometas telescópicos que pueden atravesar el cielo. Estas son ya observaciones reservadas á los astrónomos de profesion y que necesitan grandes instrumentos.

Para terminar, podemos indicar, sin embargo, un asunto para hacer observaciones durante el día: las manchas del sol, tan fáciles y tan interesantes de seguir y de dibujar, aún con un antejo de escasa potencia.

CAMILO FLAMMARION.

PARIS.

BOSQUEJO ESTADÍSTICO.

VI.

MONTE DE PIEDAD.—CAJA DE AHORROS.

Este establecimiento, fundado en tiempo de Luis XVI y reorganizado por Napoleon I, es, no sólo una caja de socorro para el necesitado, sino además un banco de préstamos para la clase media, y un establecimiento de crédito para el pequeño comercio: tal es el número y extension de sus préstamos, que importaron 22.595.601 francos en 1852, y 45.672.772 en 1873. Las devoluciones ó reintegros ascendieron á 23.434.181 francos en 1852, y á 72.833.806 en 1873.

Los beneficios líquidos percibidos por el establecimiento han ascendido desde 335.447 francos en 1852 á 685.639 en 1872.

No es ménos importante la Caja de Ahorros de Paris, instituida en 1818 con 505 depósitos, importantes 54.867 francos, y que al comenzar el año 1845 apareció con un saldo de más de 112 millones de francos á favor de los deponentes. En 1872 este saldo era de 37 millones.

Las clases que en primer lugar se aprovecharon de esta institucion son las obreras, que representaban el 59 por 100 de las 23.601 personas que llevaron sus ahorros á la Caja en 1872; los sirvientes formaban el 18 por 100; los empleados el 10.

Clasificados segun su edad y sexo los expresados 23.601 deponentes, resultan las siguientes cifras.

	Número de deponentes.	Sumas depositadas. Francos.
Varones. { Mayores de edad..	11.501	1.593.035
{ Menores.....	2.901	109.702
Hembras. { Mayores.....	7.884	1.001.351
{ Menores.....	2.122	130.344
	23.601	2.834.432

Bajo el punto de vista de la cuantía de los depósitos, éstos se clasifican así:

Véase el número anterior, pág. 145.

	Número.	Sumas.	Término medio.
De 1 á 500 francos.	206.189	19.038.733	92
De 501 á 800.....	12.643	7.920.137	626
De 801 á 1.000....	7.236	6.513.070	900
De 1.000 en adelante	1.638	1.689.691	1.032
Otros depósitos....	120	292.492	2.437

Las proporciones que ofrecen los precedentes cuadros guardan grandisima analogía con las cifras relativas á otros años; pero no puede deducirse de los deponentes de 1872 la cifra en que deben calcularse las personas que anualmente llevan sus economías á la Caja de Ahorros de Paris, por ser un año anormal influido por los sucesos de los dos años anteriores.

VII.

INDUSTRIA.

Paris es tambien un gran centro industrial. No se encuentran ciertamente en la capital de la nacion vecina los vastos talleres é innumerables fábricas que existen en otras poblaciones manufactureras; por el contrario, los establecimientos de esta clase, situados en los municipios anexionados á Paris en 1870, tienden á alejarse de la capital, huyendo de los grandes alquileres, de los subidos salarios y de los combustibles caros. Pero en cambio, es infinito el número de talleres de medianas y pequeñas proporciones que Paris encierra, y con figurar Francia muy justamente entre los países más industriales del globo, los negocios realizados por la industria de su capital representan el 26 por 100 de los llevados á cabo por la totalidad de la nacion, y ascendieron ya en el año 1860 á la enorme suma de 3.369 millones de francos, segun las investigaciones hechas por la Cámara de Comercio, á quien se debe la siguiente clasificacion del número de establecimientos é impuesto de los negocios realizados en los diferentes ramos de la industria de Paris:

GRUPOS.	Establecimientos.	Millones de francos.
Alimentacion.....	29.069	1.087'9
Hilados y tejidos.....	23.800	454'5
Construccion.....	5.378	315'3
Muebles.....	7.391	199'8
Industria química y cerámica.	2.719	193'6
Oro, plata, platino, etc.....	3.199	183'4
Acero, hierro, cobre y zinc...	3.440	163'8
Artículos de Paris.....	5.140	127'5
Vestido.....	2.836	120'0
Cueros.....	685	101'0
Impresos, grabados y papel..	2.759	94'2

GRUPOS.	Establecimientos.	Millones de francos.
Carruajes y monturas.....	1.738	93'8
Utensilios de madera.....	1.368	27'0
Instrumentos de precision....	2.247	66'0
Industrias no clasificadas.....	9.402	141'1

El número total de fabricantes era en la misma fecha (año 1860) 101.171, distribuidos en esta forma: 7.492 que empleaban en sus establecimientos más de 10 operarios; 31.480 que ocupaban de dos á diez operarios, y 62.199 que trabajaban solos, ó eran auxiliados por un sólo dependiente, cifras que ponen de manifiesto lo que hemos dicho acerca de las proporciones relativamente pequeñas que ofrecen los talleres en la capital de Francia. Nuestros lectores pueden, en efecto, observar que los fabricantes con más de 10 operarios no representan más que el 7 por 100 del número total, mientras que los que trabajaban solos ó acompañados de un operario, constituyen el 62 por 100.

Los establecimientos industriales cuyo número presenta en París las cifras más elevadas segun la investigación llevada á cabo en 1860, son los siguientes:

Expendedurias de vino.....	9.750
Talleres de planchadoras.....	5.237
Zapaterias.....	4.660
Fábricas de papeles pintados.....	4.459
Talleres de costureras.....	4.278
Sastrerías.....	3.468
Especierías.....	3.370
Restaurants.....	3.322
Fruterías.....	2.829
Botillerías.....	2.199
Lecherías y queserías.....	1.781
Ebanisterías.....	1.642
Carpinterías.....	1.210
Carnicerías.....	1.132
Camiserías.....	1.096
Cerrajerías.....	1.015
Talleres de pintores.....	989
Talleres de modistas.....	919
Broncistas.....	820
Tocinerías.....	671
Imprentas y litografías.....	670
Prenderías.....	633
Pastelerías.....	622
Talleres de encuadernacion.....	607
Sombrererías.....	604
Sillerías.....	602
Tapicerías.....	580
Fábricas de licores.....	564
Pasamanerías.....	550
Fábricas de máquinas.....	533

Tintes.....	517
Fábricas de corsés.....	514

Las industrias á que corresponden las mayores cifras en los negocios realizados por este ramo de la produccion, fueron en igual época las que siguen:

	Millones de francos.
Fábricas de carruajes.....	251'0
Fábricas de equipos militares.....	231'0
Expendedurias de vinos.....	195'5
Fabricas de baules-cajones.....	187'0
Carnicerías.....	152'9
Especierías.....	139'2
Guarnicionerías.....	123'0
Albañilería.....	121'5
Restaurants.....	104'8
Sastrerías.....	100'7
Fábricas refinadoras.....	95'3
Panaderías.....	95'2
Zapaterías.....	82'7
Bisutería fina.....	69'3
Botillerías.....	62'5
Construcciones de máquinas.....	48'7
Confeccion de ropa blanca.....	42'2
Farmacias y droguerías.....	37'9
Carpinterías.....	37'1
Cerrajerías.....	36'7
Fábricas de curtidos.....	35'9
Lecherías.....	35'5
Fruterías.....	34'6
Ebanisterías.....	34'4
Productos químicos.....	34'2
Establecimientos tipográficos.....	32'0

Los obreros de París ascendían en 1860 á 416.841, clasificados en los siguientes términos: 285.861 varones, 105.410 hembras, 19.059 niños (menores de 16 años) y 9.481 niñas.

Hé aquí el número de obreros dedicados á cada una de las industrias más importantes de París en la citada fecha:

Albañiles.....	31.676
Plateros, diamantistas y fabricantes de bisutería.....	18.731
Zapateros.....	18.082
Sastres.....	10.271
Lavanderas.....	9.574
Impresores y litógrafos.....	9.486
Carniceros.....	8.792
Constructores de máquinas.....	8.627
Pasamaneros.....	8.426
Ebanistas.....	7.951

Mozos de restaurants.....	7.340
Cerrajeros.....	6.175
Pintores de brocha gorda.....	6.147
Expendedores de vino.....	5.378
Encuadernadores.....	5.242
Costureras.....	5.191
Carpinteros.....	5.015
Panaderos.....	4.489
Fabricantes de papeles pintados.....	4.459
Mozos de botillerías.....	4.068
Fundidores de metales.....	4.026
Plomeros.....	3.595
Tapiceros.....	3.591
Fumistas.....	3.550
Silleros.....	3.421
Sombrereros.....	3.354
Modistas.....	3.352
Fabricantas de gorras.....	3.323

Caracteriza de tal modo la industria de la capital de Francia y tiene tal importancia la fabricacion de los llamados *Artículos de Paris*, que de intento la hemos excluido de la relacion anterior para formar de sus diferentes ramos un cuadro especial y más detallado, que es el siguiente:

INDUSTRIAS.	Estableci- mientos.	Obreros.
Flores artificiales.....	877	7.831
Cajas y pastillas.....	663	3.682
Botones.....	260	3.059
Paraguas y sombrillas.....	637	2.222
Peluquerías.....	1.616	1.670
Juguetes.....	380	1.608
Carteras, petacas, etc.....	191	1.163
Peines.....	135	984
Abanicos.....	49	969
Estuches.....	209	930
Plumeros, penachos, etc.....	94	899
Guantes.....	140	710

El número total de operarios á que daban ocupacion estas diferentes industrias en 1860 ascendía á 25.698: 10.742 varones, 12.619 mujeres y 2.337 niños de ambos sexos.

Los establecimientos llegaban á 5.140: 1.616 peluquerías, 841 manufacturas de flores artificiales, 637 fábricas de paraguas y sombrillas, 392 de cajas y pastillas, 380 de juguetes, etc.

El valor de los negocios realizados en la totalidad de las anteriores manufacturas, conocidas con el nombre de *Artículos de Paris*, ascendieron en 1860 á 127 millones y medio de francos, de los cuales correspondieron 28 millones á los fabricantes de flores artificiales, 20 á los de cajas y pastillas, 18 á los de sombrillas y paraguas y 10 á las peluquerías.

Finalmente, en 1872 se han exportado de Francia cabello labrado por valor de 4.835.400 francos; flores artificiales, hasta cerca de 14 millones de francos (13.804.293); objetos de modas, por valor de 21 millones y medio (21.455.003), y de los demas artículos de Paris, 8 millones próximamente. Agréguese á estas cifras el valor de los objetos de estas clases consumidos por el mismo Paris y por el resto de Francia, y fácil será formar idea de la gran importancia que en la capital de la vecina república tiene la fabricacion de los expresados artículos de comercio.

Al verificarse el censo de 1866 se hizo constar la profesion de los habitantes registrados; pero lo arbitrario de la clasificacion adoptada con este objeto, y sobre todo la diferencia de criterio con que en materia tan importante procedieron los encargados del expresado recuento y la Cámara de Comercio, no permite hacer comparaciones entre los datos de 1860 y los de 1866. Todavía, sin embargo, pueden entresacarse de aquel documento varias cifras, interesantes algunas y curiosas todas.

Segun el censo de 1866 había en Paris, entre otros ramos menos importantes:

- 132 fábricas de papel.
- 341 id. de instrumentos músicos.
- 371 id. de instrumentos científicos.
- 670 imprentas y litografías.
- 607 talleres de encuadernacion.
- 348 fábricas de bastones y paraguas.
- 387 id. de peines y cepillos.
- 863 id. de flores artificiales.
- 1.519 id. de tejidos.
- 647 id. de curtidos.
- 2.261 id. de objetos de metal.
- 3.171 joyerías, relojerías, etc.
- 715 sombrererías.
- 1.083 establecimientos de modistas.
- 2.530 sastrerías.
- 2.768 zapaterías.
- 1.381 carpinterías.
- 975 cerrajerías.
- 2.510 carnicerías.
- 502 tintorerías.
- 1.660 camiserías.
- 2.591 talleres de planchadoras.
- 2.985 restaurants, fondas y tabernas.
- 2.171 chocolaterías y lecherías.
- 976 cafés.
- 637 pastelerías.
- 1.398 panaderías.

En cuanto al número de personas ocupadas en diferentes ramos de la industria parisiense, el censo de 1866 ofrece, entre otras, las consignadas á continuacion:

PROFESIONES.	Hombres.	Mujeres.	Total.
Carniceros.....	4.044	140	4.184
Encuadernadores.....	2.688	2.554	5.242
Sombrereros y gorreros ...	5.255	3.138	6.381
Modistas.....	32	6.453	6.485
Curtidos.....	6.212	445	6.657
Flores artificiales.....	922	7.432	8.354
Impresores y litógrafos....	8.707	779	9.486
Pintores y vidrieros.....	11.886	89	11.975
Tejidos.....	5.945	8.793	14.736
Carpinteros.....	17.170	46	17.216
Sastres.....	15.808	4.619	18.427
Oficiales de camiserías....	528	20.597	20.907
Planchado.....	827	20.986	21.813
Zapateros.....	17.560	6.284	23.844
Plateros, relojeros, cincela- dores, etc.....	21.539	5.666	27.005
Fabricantes de objetos de metal.....	29.158	229	29.387
Costura.....	25	51.169	51.192

Seguramente no habrán dejado de observar nuestros lectores el considerable número de mujeres empleadas en varias industrias monopolizadas ántes por el sexo masculino, así como los muchos hombres que figuran en ciertos trabajos, como el de planchado, costura, modas, flores artificiales y otros que están más en armonía con las aptitudes naturales del sexo femenino. Respecto al primer hecho, llama verdaderamente la atención el número de mujeres dedicadas á la fabricación de joyas y relojes, á trabajos de imprenta y litografía, que representan el 8 por 100 del total de operarios ocupados en estos ramos de la industria, y las empleadas en los talleres de encuadernación, que son tantas como los hombres dedicados al mismo trabajo (2.554 por 2.688 respectivamente).

También en el censo del año 1872 se han recogido abundantes datos acerca de las profesiones; pero únicamente conocemos las cifras generales, que, respecto á la industria, son las siguientes:

	Hombres.	Mujeres.	Total.
Individuos que ejercían realmente profesiones industriales.....	295.211	197.987	493.198
Individuos que componían las familias de los anteriores.....	106.566	204.422	310.988
Sirvientes de estas familias..	2.651	9.223	11.854
	404.408	411.632	816.040

Ahora bien, como según el referido censo el número de individuos que ejercían una profesión en 1872 ascendía á 875.068, resulta que las personas dedicadas á la industria en París constituyen el 56 por 100 de los habitantes con profesión en ejercicio.

Hé aquí la clasificación completa de los habitantes de París según su profesión:

PROFESIONES.	Varones.	Hembras.	Total.
Agricultura.....	2.561	655	3.216
Industria.....	295.211	197.987	493.198
Comercio.....	148.651	52.207	200.858
Trasportes, instituciones de crédito y comisiones....	45.661	3.581	49.242
Profesiones liberales.....	95.800	17.219	113.019
Otras profesiones.....	9.076	6.659	15.735
	596.760	278.308	875.068

Las personas que vivían de sus rentas eran 111.488; los sirvientes de ambos sexos 112.031; los que no tenían ningún modo de vivir (mendigos, vagabundos é individuos sin colocación), 15.258; aquellos cuya profesión no pudo precisarse 12.733; en fin, los estudiantes, enfermos en los hospitales, dementes y detenidos 12.733.

Son tan interesantes las noticias recogidas por la Cámara de Comercio acerca de los salarios é instrucción de los obreros de París, que no podemos prescindir de consignar las más principales.

La expresada corporación dividió los operarios, bajo el punto de vista del importe de sus salarios, en tres secciones: la primera, comprendía los niños, aprendices, braceros y operarios poco diestros todavía, que ganaban desde 1- á 3 francos; la segunda la formaba la generalidad de los operarios de París, y sus salarios oscilaban entre 3,25 francos y 6 francos; en la tercera, finalmente, figuraban los operarios dedicados á trabajos artísticos y los de mérito excepcional, los cuales cobraban desde 6,50 á 20 francos diarios.

La Cámara de Comercio, al consignar las cifras recogidas, decía que ni la primera ni la tercera sección pueden ser tomadas como base para calcular el término medio de los salarios de los obreros de París, y así lo habrán comprendido nuestros lectores al considerar las clases de trabajadores que figuran en ellas. Por lo tanto, nos limitaremos á decir, respecto á ambas secciones, que en la primera se incluyeron 64.080 operarios y 15.058 en la tercera. La segunda sección, que comprende 211.621 individuos, y que tanto por lo elevado de su cifra como por los elementos que le componen es la única que se presta á deducciones provechosas, se descompone en los siguientes términos:

	Francos.
7.663 ganaban.....	3,25
24.711 —.....	3,50
5.820 —.....	3,75
41.083 —.....	4
5.627 —.....	4,25
35.543 —.....	4,50
4.428 —.....	4,75
52.929 —.....	5

	Francos.
1.193 ganaban.	5,25
9.532 —	5,50
493 —	5,75
19.539 —	6

De suerte que los salarios más generalizados en Paris son los de 5, 4 y 4,50 francos.

Las operarias aparecen divididas también en tres secciones en la investigación del año 1860. La primera comprende las menores de 16 años, y todas las que recurren á la costura como ayuda ó trabajo complementario. Su número asciende á 17.203, y el salario oscila entre 0,50 franco y 1,25; pero á semejanza de lo que hemos dicho respecto á los salarios del sexo masculino, no pueden tampoco estas cifras servir, por lo excepcionales, para ningun cálculo, é igual sucede con los salarios desde 4,50 francos á 10 que ganan las de la tercera seccion, tanto por ser muy pocas las obreras que se hallan en este caso (767 mujeres), como porque tan crecida remuneracion sólo la cobran en Paris las directoras de los establecimientos y algunas operarias de un mérito excepcional (las mujeres que ganan de 7 á 10 francos sólo eran 73 en 1860). Únicamente la segunda seccion, que comprende todas las operarias en condiciones ordinarias (88.340) es la que puede dar idea del modo cómo se paga en Paris el trabajo de las mujeres, y por lo mismo sólo su clasificacion es la que daremos á conocer, y es la siguiente:

	Francos.
16.722 ganaban.	1,50
7.644 —	1,75
24.810 —	2
7.723 —	2,25
17.873 —	2,50
2.055 —	2,75
7.588 —	3
411 —	3,25
2.250 —	3,50
1.264 —	4

88.340

De modo que el salario de 2 francos es el más generalizado entre las obreras de Paris, aunque son muchas también las que ganan 2,50, y casi las mismas las que no ganan más que 1,50.

Bajo el punto de vista de la instruccion, los obreros de Paris se clasificaban en 1860 del modo siguiente: 344.531, ó sea el 87 por 100, que sabian leer y escribir; 4.778, el 1 por 100, que sólo sabian leer, y 47.760, el 12 por 100, que ignoraban ambas cosas.

J. JIMENO AGIUS.

(Concluirá.)

CRÓNICA DE HISTORIA NATURAL.

EL EIDER Y EL MACAROSO DE ISLANDIA.

Entre las numerosas palmípedas que habitan las regiones frias de nuestro globo, el Macaroso y el Eider no son ciertamente exclusivos á Islandia, como podria suponerse por el título de este artículo; es mucho más considerable su área de extension; pero puede decirse que en los mares glaciales del globo, la Islandia es el espacio de tierra más estrecho en que estas aves están difundidas con profusion. Bajo este punto de vista puede considerarse que estos animales, útiles por muchos conceptos, son uno de los principales recursos industriales y alimenticios de un país muy poco favorecido por su posicion geográfica y atormentado por fenómenos geológicos que son perpetua amenaza para sus habitantes.

Estas palmípedas emigrantes, que rara vez visitan las costas templadas de Europa, y de las que una, el Eider, no es para nosotros más que una ave de paso, han sido objeto de atentos estudios. Sin embargo, en un reciente viaje á Islandia hemos observado algunas particularidades curiosas poco conocidas, ó desconocidas totalmente, sobre la vida de estas extrañas aves, y esto es lo que nos induce á dar rápidamente idea general de su vida y de las particularidades observadas por nosotros, que tendrían poco interes si las separásemos por completo de la historia general de los citados animales.

El Eider (*Anas mollissima*, vulgarmente ánade Eyder) pertenece al órden de las palmípedas y al género ánade, teniendo costumbres muy semejantes á las de otras especies del mismo género. Sus caracteres principales son: pico alto en la base, piel desnuda ó un tubérculo carnososo en la frente, las plumas frontales adelantándose de punta sobre el pico y el pulgar ligeramente palmeado. Es muy comun en Islandia, donde gracias á prudentes prohibiciones (no se permite cazarlo) está asegurada su conservacion y reproduccion, viéndosele llegar á su fria patria en los meses de Marzo y Abril, y empezando el apareo en Mayo. En esta fase especial de su vida fisiológica, consagrada á la reproduccion, es cuando este ave es á la vez interesante para el naturalista y útil al industrial. Durante el período del celo es fácil acercarse al Eider; reconócense los sexos en que el macho tiene la cabeza blanca y negra, el pecho negro y las alas blancas, mientras que la hembra, algo más pequeña, es gris oscura. Anidan siempre en las islas; al alejarse del continente y eligiendo parajes retirados, estrechos y rodeados de agua por todas partes, el Eider manifiesta prevision,

porque de esta manera escapan él y su pollada á la conocida voracidad del zorro azul (1).

La isla de Ingoë, muy cerca de Reykiawik, es punto predilecto para estas aves: en la estacion propicia encuéntrase casi completamente cubierta de nidos de Eider, y es de advertir que los Macarosos, de los que en seguida hablaremos y que anidan al mismo tiempo, no aproximan jamás su progenitura á la del Eider, aunque uno y otro eligen islas casi desiertas para abrigar su nidada. No se encuentran Macarosos en una isla frecuentada por Eiders y reciprocamente. Imposible ha sido explicar este alejamiento instintivo.

El suelo de Islandia presenta la particularidad de que, donde crece un poco de yerba, no hay verdadera llanura, sino una serie de pequeños mamelones muy poco distantes unos de otros; y precisamente en estos espacios, que abundan en las islas que frecuenta el Eider, hacen sus nidos estas aves. Probablemente no se presentan estas particularidades geológicas en Groenlandia ni en Suecia, y estas aves buscarán para abrigar sus nidos accidentes de terreno naturales ó artificiales, como aseguran los que las han observado en aquellas ingratas tierras. Para confeccionar el blando almohadillado que ha de abrigar á los tiernos polluelos, la madre empieza á sacrificarse, arrancándose con el pico el plumon del vientre en la cantidad necesaria para hacer el primer nido. Terminada esta obra maestra, mucho tiempo ántes de la postura de los huevos, el cazador se la arrebató, y el ave continúa despojándose del plumon para construir otro nido, que sufre la misma suerte. En este caso, no pudiendo la madre despojarse más sin comprometer su existencia, cede el puesto al macho; que, imitando á su compañera, se despoja á su vez del plumon y da á la nidada un abrigo que el cazador tiene interes en respetar si no quiere comprometer el porvenir de su industria. El plumon se vende con el nombre de edredon (corrupcion de la palabra *Eyderdum*, plumon de Eider), despues de limpiarle de las materias extrañas que lo manchan, tales como tierra, plumas, restos de cáscaras de huevos, etc., etc.

El edredon constituye una renta bastante consi-

(1) El zorro azul (*Isatis*, *Vulpes lagopus*) existe tambien en Islandia, y es tan conocido que nada diríamos de él si no creyésemos necesario rectificar un error demasiado extendido relativamente á este carnívoro. Segun algunos autores, es blanco en invierno y gris ó azul en verano: en el atlas unido al viaje del *Recherche* figura con estos dos colores; pero este zorro no cambia de pelaje, como se ha asegurado, y si el color azul del pelo algunas veces se mezcla con el blanco, el tinte general que domina es azul ó gris. Es probable que existan dos variedades de pelaje diferente que se han confundido en una con la propiedad de cambiar el color de la piel durante el invierno. La prueba en que se apoya esta opinion es la siguiente: solamente en invierno se caza el zorro, porque en esta estacion abandona las montañas para acercarse á la costa, y precisamente en esta época se matan blancos y azules ó grises. La denominacion especial de *Lagopus* no le convendría bajo este concepto.

derable para los propietarios de las islas de Eider: sobre el paraje de la recoleccion se vende de 28 á 30 francos la libra de 499 gramos. Segun documentos oficiales, en 1868 se exportaron 7.026 libras; en 1869, 6.668 libras, y en 1870, 7.909. Estas cifras, publicadas oficialmente, no indican sino lo que pasa por aduana, y es evidente que se vende mucho más; pero aun ateniéndonos á las primeras cifras, bastan para dar idea de la buena renta de los propietarios de las islas de Eiders, y explican tambien por qué estos propietarios, en vez de cazarlas ó permitir su caza, emplean todos los medios posibles para atraer estas aves y fijarlas en los parajes que han encontrado favorables para su reproduccion. Para llegar á este objeto vivamente deseado, no hay recurso que no empleen: atan objetos brillantes á cuerdecitas tendidas entre estacas, arrojan á estas aves restos de pescados; impiden que las cacen los perros, y en fin, no dejan jamás de perseguir á tiros al *Corvus Corax*, que en Islandia llega á tener dimensiones enormes, y frecuentemente arrebató las polladas con nido y todo (1). Dicen los islandeses que el Eider, en vez de asustarse del tiro, ve con satisfaccion caer á su lado á su más cruel enemigo. En todo caso, es cierto que esta proteccion le tranquiliza completamente y hace que cobre afecto al sitio que ha elegido para criar sus polluelos. El Eider, que se aleja de Islandia en la época de las escarchas, vuelve siempre, gracias á esta proteccion, á los mismos parajes en que nació.

La hembra jóven no pone más de cinco ó seis huevos; pero cuando tiene dos ó tres años, la postura es más considerable; de los 12 ó 13 huevos que en esta edad pone, mucho mayores que los de gallina, de color blanco azulado y manchados de negro, nunca le dejan más de cinco ó seis. Durante el período de incubacion, el hombre puede pasar al lado del nido sin que se mueva el ave. Las hembras incuban, y los machos se colocan en la parte superior del mamelon á cuyo pié se encuentra el nido; centinela vigilante é inmóvil, no se separa de la hembra más que para ir á buscar el alimento comun.

En cuanto los polluelos son bastante grandes, toda la familia abandona la isla para ir al mar y vivir cerca de la costa en las inmediaciones de rocas cubiertas de ovas. Estas criptógamas abrigan pequeñas *neritas*, derramadas con profusion por la costa, y de las que se alimenta habitualmente el Eider. Encuéntranse estos mariscos en gran número en el buche y molleja de estas aves, y aunque la concha

(1) El cuervo es una calamidad para los islandeses; algunas veces arrebató bacalaos enteros puestos á secar, y esto basta para comprender la considerable fuerza de que dispone.

es muy dura, el estómago del Eider es bastante musculoso para romperla.

En cuanto los pequeñuelos han adquirido cierto desarrollo, el macho abandona á su compañera, dejándole todos los trabajos de la maternidad sin compartirlos jamás. Entónces se hace la hembra tan arisca como familiar era ántes; en cuanto se acerca á alguien á su pollada entregada á sus juegos, vése á esta, á un grito de la madre, cesar de jugar y dirigirse prudentemente mar adentro. Cuando no creen huir con bastante rapidez, los polluelos se colocan sobre el dorso de la madre, que nada velozmente para ponerles fuera de alcance.

Desde el mes de Agosto casi no se ve un Eider en Islandia, porque emigran hácia zonas más cálidas para regresar en Marzo ó Abril.

Como se ve por lo que acabamos de decir, esta palmípeda, bajo el punto de vista de los servicios que presta al hombre, puede comparársela á la golondrina salangana: si la primera le proporciona con su nido medios para librarse de los rigores del invierno, la segunda le proporciona con su nido mismo un alimento muy apreciado por los orientales. Estas son las dos únicas aves que nos son útiles sin que tengamos que sacrificarlas, y cuyo poderoso instinto de reproducción, bien explotado, asegura un producto útil y por lo mismo muy apetecido.

El Macaroso (*Mormon fratercula*) es igualmente conocido en Islandia. Este ave tiene pico de cotorra, rojo y gris, y anida en las islas: abundan mucho en la de Akeröe, cerca de Reykiawik, en la que no se presentan jamás los Eiders. Esta palmípeda tiene la singular costumbre de anidar en las madrigueras de conejos que encuentra abandonadas, ó de abrir ella misma agujeros sirviéndose del pico y de sus aceradas uñas. La galería tiene un metro de profundidad, algunas veces dos, y frecuentemente forma un codo. Algunas veces estas galerías tienen dos pisos, pero con una sola abertura. El Macaroso no tiene, por regla general, más que un polluelo, rara vez dos, que, á pesar de tener el plumaje de su familia, no adquiere el pico como sus padres hasta que llega á cierta edad. A los dos meses, un Macaroso llevado al Havre tenía el pico derecho, sin ninguna curvatura y de color negruzco. A los tres meses de edad, empezó á encorvarse la parte superior del pico, persistiendo el color oscuro (1). El pico tiene surcos muy marcados, cuyo

número y profundidad varía según la edad y el sexo. La curvatura de este órgano se modifica bajo diversas influencias, entre las que tiene gran parte la edad. En cuanto á las dimensiones, aunque muy variables, puede decirse que es el único carácter serio que ha permitido distinguir en estas aves dos especies: el *Macaroso monje* y el *Macaroso glacial*; todos los demás caracteres, color del pico, número de estrías, etc., no pueden tomarse seriamente en consideración.

En Islandia solamente existe el *Macaroso monje*. A mediados de Agosto, época en que los polluelos se encuentran aún en la terrera, los cazan durante muchos días. En cuanto se acerca á alguien á este desventurado animal, se refugia en su agujero, de donde lo sacan destruyendo la terrera con picos y palas. Cuando se acercan al fondo de las galerías, la hembra se adelanta para defender su pollada, y aprovechan el momento para matarla. Durante los primeros días de caza, los Macarosos se asustan tan poco por la presencia del hombre, que ni siquiera se retiran á sus terreras cuando le ven acercarse, y se verifican entónces verdaderas hecatombes (2.800 á 3.000 por día) á palos. Esta caza tan singular como repugnante solamente dura dos ó tres días, al cabo de los cuales el ave conoce á su enemigo, y para cogerla se necesita destruir las terreras, como ántes hemos dicho.

Arráncasele la pluma para venderla como edredon falso, y el cuerpo, salado ó ahumado, sirve de alimentación á los islandeses durante el invierno.

EDUARDO HECKEL.

BOLETIN DE LAS ASOCIACIONES CIENTÍFICAS.

Real Academia Española.

25 MARZO 1876.

Con la solemnidad de costumbre se ha verificado la recepción pública del nuevo académico D. Vicente Barrantes, que sustituye al malogrado Sr. Godoy Alcántara, que no llegó á tomar asiento en tan ilustre corporación. El Sr. Nocedal ha sido el encargado de contestar al nuevo académico, y de ambos discursos vamos á dar cuenta copiando sus párrafos más importantes.

LAS DEFORMIDADES LITERARIAS DE LA FILOSOFÍA DE KRAUSE.

Son los tiempos de falsa ilustración tiempos de grande vanidad, y los hombres de ellos, flojos en las creencias, vacilantes en la fe, dudosos y aún negativos del poder Supremo, porque el suyo propio los deslumbra y desvanece. Cada mediana intelligen-

(1) ¿No podría admitirse, para explicar de una manera plausible esta singular y poco común anomalía, que esta extraña modificación que recibe el pico de los Macarosos, especialmente si se le compara con el de las especies vecinas (*Pinguinos Guillemots*), ha sido resultado de la costumbre de horadar el suelo; que esta transformación adquirida y determinada por la costumbre, no es suficientemente antigua para que pueda reproducirse por completo durante el período de desarrollo en el huevo, y que es necesario que el animal haya entrado en el período de la vida independiente y activa para completar este principio de transformación?

cia, cada carácter un tanto viril, aspira á ser hoy un sistema, una organizacion, un Estado, opuesto, distinto, incompatible con todo otro sistema, con toda otra organizacion, con cualesquiera otro Estado. Por eso vemos que nunca se preconizó tanto la armonía en la ciencia, en los espíritus y aún en las cosas mundanales, y nunca ha sido tan imposible, ni la oposicion tan viva entre los hombres, así en el órden moral como en el material. Oid á Tiberghien, uno de los oráculos de la escuela, proclamar ya realizada por Krause «la armonía de la especulacion y de la vida», que soñaron Pitágoras, Platon, Plotino, «Orígenes y Leibnitz,» para confesaros á renglon seguido, contradiciéndose vergonzosamente, que hay en la actualidad «anarquía en las teorías, anarquía en las creencias, anarquía en la sociedad;» que hay «tantas opiniones como hombres;» que ni siquiera se ha creado «una unidad científica,» y que el mundo moral vive en el caos. Yo preguntaría en lenguaje más llano á esos inventores de sistemas armónicos, á esos padres del *Armonismo universal*, del *Armonismo absoluto*, pues ellos por palabras bárbaras no se detienen, si no les avergüenza y espanta la antítesis dolorosa que con sus delirios presenta este triste mundo de las realidades. No hay en Europa una sociedad tranquila, ni una agrupacion sin lucha interna y fundamental, ni un organismo que no parezca próximo á desmoronarse. Los pueblos soliviantados, las conciencias sin sosiego, las instituciones en equilibrio inestable, ¿no son harta prueba de que va muy descarriada en nuestros días la ciencia que tiene por única mision trazarnos los caminos de la vida moral? ¡Ah! Si volviera á nacer el bueno de Severino Boecio, no escribiría ciertamente la *Consolacion*, sino la *Desolacion de la Filosofía*.

(Después de estas consideraciones, que vienen á ser como el complemento del tema—indicado en el epígrafe—de su discurso, el Sr. Barrantes se extiende en otras, encaminadas á demostrar la falta de originalidad de la llamada filosofía moderna, principalmente en sus novísimas evoluciones. Refiérese en seguida al sistema de Krause, principal objetivo de su estudio, y dice:)

Pero de todas las pretensiones de novedad é invencion que la filosofía pseudo-española abriga, ninguna tan vana y huera, ninguna tan destituida de fundamento como la que se refiere al lenguaje, que pretendé haber purgado de los barbarismos escolásticos, cuando lo que ha hecho ha sido imitarlos y aún exagerarlos sin necesidad ni disculpa. Ella, tan enemiga de la teología y de las escuelas católicas, aunque lo contrario sostenga; ella, que ha encontrado ya á los idiomas en su plenitud, y concretándonos al nuestro, tan atildado y abundoso, tan lleno de elementos propios para la locucion científica y

para las más remontadas abstracciones, ella no tiene inconveniente en copiar los vicios del sistema que anatematiza, contradiciéndose una vez más y probando hasta en esto su falta de originalidad. Bárbara fué sin duda la tecnología de los escolásticos; pero no invencion de la teología por cierto, que la usó con parsimonia, reconociendo sus abusos y reprendiéndoselos, si no de la jurisprudencia y la medicina, ciencias á quien no pone tilde la filosofía moderna, porque son sus ciegas auxiliares ó mejor aún sus esclavas. Si con verdad y justicia calificamos de bárbaro aquel lenguaje, ¿qué calificacion merecerán los que muchos siglos después usan otro más bárbaro aún? Importa, sin embargo, advertir, que aquellos *términos categoremáticos* y *sincategoremáticos*, aquellas *quidditates* y *aliquitates*, aquellos *puntos copulantes* ó *terminantes del continuo*, tenían muy alta significacion en la ciencia, si no en la gramática, según observó ya defendiendo la misma tésis un ilustre catedrático de Sevilla en 1866, y no pueden remotamente compararse con la terminología que usan los jergui-parlantes de nuestros días, ni ésta consiste solamente en palabras revesadas, como aquella, sino que pone su punto y su gloria en revesar la frase, el estilo y hasta el pensamiento, en sembrarlos de zarzales, en cubrirlos de marañas, pareciendo que viertan sobre el escrito, en vez de polvo, guijo y almendrilla, para que se lea á tropezones, á descabradura por palabra. Los Góngoras del filosofismo—y perdone la comparacion el gran poeta cordobés de venerable memoria,—no adulteran el lenguaje por exuberancia de fantasía, como el cisne del Bétis, ni recogen tradiciones lingüísticas de un país meridional, donde ya el sobrino de Séneca por la pomposidad y la exageracion de las metáforas fué digno precursor de los poetas árabes; ni, como Góngora, descienden de la caballería de la Edad Media, que en sus libros, por D. Quijote inmortalizados, acostumbró al pueblo español á los revesamientos del estilo, y á los truques y retruques del vocablo, con que solían hacer gallarda música y concepto alambicado, pero concepto al fin; que estos los usan á trompon y á salga lo que salga, unas veces para encubrir la vaciedad de sus pensamientos y otras su enormidad y peligrosa tendencia, que de ambas cosas hay ejemplos abundantes. En los siglos escolásticos que tanto se censuran, estaba el latín corrupto, y el romance, como todas las lenguas, en mantillas, circunstancia que disculpa á los filósofos y aún á jurisconsultos y naturalistas; mientras ahora, que todas aquellas causas han desaparecido, ellos desbarran de oscuridad y extravagancia, y el escolasticismo resplandece maravilloso de claro y concreto. ¿Será que digan más los unos que los otros? ¿Será que penetren más hondo en los abismos de la metafísica

Al contrario. Comparemos al último gran pensador de la escuela tomista—último en la serie de los tiempos,—al P. Ceferino Gonzalez, obispo de Córdoba, con el maestro de los llamados filósofos de la germano-española.

DEL MAL.

(OBISPO DE CÓRDOBA.)

«La voluntad humana es de su naturaleza defectible, flexible en orden al bien y al mal, y libre y responsable en sus actos... á Dios como provisor universal del mundo y especial del hombre, sólo le corresponde dar á éste los medios y auxilios necesarios para obrar el bien moral, pero no el matar ni anular su libertad imponiéndole la necesidad física de obrar el bien... La santidad infinita de Dios excluye necesariamente todo pecado respecto del mismo Dios; es decir, la existencia en Dios del pecado y la volición directa y positiva del mismo; pero no se opone á la permission de su existencia en las criaturas...»

(*Filosofía elemental*, Madrid, 1873.—Tomo II, páginas 336 y 338.)

DEL MAL.

(KRAUSE.)

«..... el mal como la inmoralidad procede exclusivamente la limitación de los seres finitos vivos... de la falta ó uso defectuoso de la libertad finita... respecto de Dios esto puede decirse, que el mal y la maldad en el sistema de la vida de los seres finitos son producidos en Dios por una manera eterna, toda vez que Dios es la eterna causa de la finitud, y por consiguiente, de la finita circunscrita libertad de todos los seres finitos racionales.»

(*Lecciones sobre el sistema de la filosofía panteística del alemán Krause*, por D. Juan M. Ortí y Lara.—Madrid, 1868, pág. 267.)

No os fijéis en las diferencias de doctrina, aunque saltan á los ojos, por ser la de Krause tan monstruosa como pura la del ilustre misionero filipino; fijaos únicamente en la frase, en el estilo, en la sencillez y claridad de los conceptos del uno y en lo intrincado y bárbaro del otro. ¿Cuál será más escolástico, el tomista ó el panteísta?

Apresúrome á decir que yo no niego á la metafísica ni á ninguna ciencia—¿quién sería tan insensato?—un lenguaje suyo, propio, técnico, especial, oscuro, ó por decirlo mejor, abstracto.—Defiendo la causa de los hombres ilustrados, y principalmente de la juventud escolar, que en un año de matemáticas aprende á resolver problemas, y en igual espacio de tiempo no acertaría á pensar en castellano un pensamiento de Krause. Con ellos y para ellos pregunto yo:—¿Es un tecnicismo científico el que tal escuela usa? He aquí la cuestión. ¿No necesitan los filósofos de otras escuelas, para entender ese tecnicismo, ir haciendo en la lectura un trabajo de traducción, semejante al del niño que deletrea, como lo probó Taine, á propósito de Maine de Biran, el más parecido, según él, á Krause de todos los filósofos?

Los mismos escritores krausistas, cuando los sorprendemos en un arranque de sinceridad, ¿no confiesan que su tecnicismo es una ridícula jerigonza? Tiberghien, propagandista infatigable de aquella doctrina, y el más inteligente de todos, para defender las extravagancias filosóficas del maestro, sin negarlas, porque sería negar la luz del día, hace en la pág. 51 de su libro *Enseignement et philosophie* la peregrina confesión de que «sólo para los alemanes son ininteligibles aquellos neologismos, que los extranjeros apenas si perciben,» cosa que está tan lejos de la verdad, como de lo que dicta el sentido común. ¿Que una innovación filosófica será más perceptible al nacional que al extranjero! Pero á fe que otro escritor famoso, alemán por añadidura, y no enemigo de Krause ni de su escuela, Zeller, en la *Historia de la filosofía*, confiesa á su vez costarle tanto trabajo entender el lenguaje krausista, como si fuera arábigo ó sanscrito, que es grande ponderación y para el argumento de Tiberghien, de remate. Más categórico todavía el francés Taine, acusa en su estilo humorístico al maestro de haber inventado sustantivos «de una lengua,» sin perjuicio de preferir su lenguaje al de Maine de Biran, filósofo que hacía *cardos metafísicos* en vez de oraciones. Y aquí nos sale al paso otra vez la decantada armonía de los sistemas armónicos, pues el mismo escritor español que ha alegado algunos de esos textos en un artículo de la REVISTA EUROPEA de 15 de Agosto último, acaba por deducir de ellos que el estilo de Krause es de sobra inteligible, pero no aquende el Rhin sino allende, ó sea para los alemanes puros; cuenta que ajustará con Zeller y con el activo profesor de la Universidad libre de Bruselas, cuyas opiniones, como acabamos de ver, son absolutamente contrarias.

Tráense por de contado, y para mayor contradicción, esas citas en defensa de D. Julian Sanz del Río, á quien se atribuye haber realizado, como hablante, una misión igual á la de Krause en Alemania, que fué limpiar al idioma de *impurezas* y de *influencias extrañas* librarlo. Para ello parece que se requería, no sabemos por qué, exagerar la necesidad del tecnicismo. ¿Fué esto efectivamente lo que hizo Sanz, ó fué plagiar al maestro de un modo servil; aplicando sin ton ni son á nuestra lengua, que no lo necesitaba, el trabajo crítico que sobre la alemana atribuye Tiberghien á Krause?

En sus *Cartas inéditas á D. José de la Revilla*, que acaban de ver la luz, arrojándola muy clara sobre los errores científicos y las responsabilidades políticas de los hombres que han dirigido la instrucción pública en España, asienta Sanz del Río, entre las más curiosas contradicciones de estilo y concepto, que la edad de oro de nuestra lengua «estaba lejos de ser época de madurez y perfección que nos deba

»servir de modelo en todo... que se desarrolló sólo bajo un aspecto parcial (¿la edad ó la lengua? porque aquí se nos ha perdido el agente de la oracion), esto es, como expresion del sentimiento y del carácter humano; mas no bajo la relacion más íntima y fundamental suya, esto es, como expresion del pensamiento y de la razon.» Si nosotros entendemos bien estas campanudas frases, parece que el sentimiento y el carácter son sólo un aspecto parcial (del idioma) y manca por ello nuestra gran literatura. La humanidad para Sanz del Rio pierde su concepto absoluto, no sustantiva ya cuanto se refiere al hombre y á las colectividades, así en la esfera moral como en la material, y pasa á ser un tonto de capirote el que dijo aquello que hasta hoy ha corrido por sentencia... *nihil humanum á me alienum puto*, teoría enteramente opuesta á todas las de Krause y del propio Sanz, como es notorio. En cuanto al sentimiento, cualidad baladí, no enaltece sino rebaja al escritor, máxime si siente con carácter humano, es decir, reflejando los sentimientos generales de la humanidad. Ved de qué suerte para Sanz del Rio el pensamiento viene á ser antítesis del sentimiento y del carácter humano, y ni en uno ni en otro cabe la razon, y cómo llegan á ser de todo en todo incompatibles, razon, sentimiento y humanidad. ¿Háse visto nunca tan extraño galimatias, ni tan fundamental contradiccion en un reformador humanitario?

Traduciendo sériamente lo que quiso y no supo decir el Sr. Sanz del Rio, brujulearemos entre sus frases nebulosas una acusacion á nuestra lengua por no haberse prestado en el siglo de oro, y ménos hoy, á los desarrollos de la lucubracion filosófica, por lo cual urge hacerla, segun él, «precisa, clara, enteramente distinta entre sí, en sus elementos interiores, y coherente, rica, llena de carácter y vida en sus modos, sus composiciones, sus derivaciones, sus conjugaciones, etc., etc.» Traducida del aleman sin duda esta jerigonza, y para la lengua alemana escrita, demuestra que el Sr. Sanz no conocía el instrumento que manejaba, ó, dicho en términos populares, pero gráficos, que no estaba el pandero en manos que lo supiesen tañer, pues como si desconociese el valor de las palabras, acusa á nuestro castellano de oscuro, cuando es clarísimo; de incoherente, cuando es concreto; de pobre, cuando es rico; de falta de carácter y vida en sus modos, composiciones, etc., cuando se puede asegurar que él mismo no sabía cómo y por qué medios se revela en los idiomas el carácter y la vida, ni por qué usaba estos términos en vez de otros cualesquiera.

(Nuevos textos de Krause y nuevas oscuridades de su estilo cita despues el Sr. Barrantes de un modo bastante extenso, para llegar al exámen de la intro-

duccion en España de la filosofía krausista y de sus resultados.)

Era Sanz del Rio hombre bondadoso, afable, místico, que trajo, como era de esperar, de Alemania un tono dogmatizador y unos como vislumbres y destellos de iluminismo, harto propios para fascinar á jóvenes inexpertos. Lo revésado de la doctrina, que la hacia parecer nueva, y hasta inocente y católica á los espíritus superficiales, y las tradiciones de gongorismo que resucitaba, nunca en la patria de Lucano y Gerardo Lobo muertas, hicieron fácilmente lo demas, dándose la mano con sucesos políticos de todos conocidos. ¡Fecha triste! Desde entónces el cuerpo escolar no ha vuelto á producir grandes escritores, ni siquiera medianos hablistas, ni ménos poetas de alto vuelo, sino oradores y discutidores, dialécticos é ideólogos; observacion que conviene hacer aquí por via de ejemplo de cuánto confunde, amanaera y esteriliza la inteligencia esa doctrina filosófica. Lastimoso error, volvemos á decir, porque en aquellos jóvenes á quien fascinó la nueva moda cifraban sus esperanzas la patria y la literatura, donde algunos habían hecho ya con lucimiento sus pruebas, mostrándose en el estilo y en el arte de escribir, objeto principal de nuestra tésis, puros, nacionales, verdaderamente españoles. Pero ¿qué había de suceder, si el jefe de la secta, como hemos visto, declaraba inútil y tosco el instrumento que manejaban, y los hacia avergonzarse de escribir como sus padres escribieron? ¿Qué había de suceder, si con su ejemplo los arrastraba á formar en medio de nuestra sociedad literaria una especie de sanhedrin misterioso, un como antro de sibilas, de donde sólo debían salir, envueltas en vapores oscuros y flameantes, palabras laberínticas, enmarañados conceptos, estilos de pura convencion para seducir á las gentes indoctas? En el mismo Sanz del Rio, como en Pitágoras, hubo dos hombres diferentes, el público y el privado. Aunque mediano orador, era en sus explicaciones ex-cátedra, claro y castizo, segun cuentan, lo que no parece inverosímil, recordando su *Discurso inaugural del año académico 1857 á 58*, y algun otro rasgo fugitivo de sus obras; pero cuando al coger la pluma de filósofo se le acordaba su pretendida mision profética y trascendental, arropábase con su manto de oscuridad y tinieblas, á fin de parecer más que un hombre. En aquella actitud, indudablemente le poseía, como demonio tentador, un profundo desprecio hácia todo elemento nacional, empezando por la gramática de esta Academia y por sus mismos lectores, á quienes juzga tan atrasados, que únicamente repitiéndoles una y mil veces los conceptos más triviales, y exponiéndoselos *ab ovo*, podrían ser de ellos comprendidos.

Sólo así nos explicamos las pomposas vaciedades

que han salido de su pluma y las de sus discípulos, donde la crítica más zahorí, para descubrir en el fondo algún vislumbre de pensamiento, y ese pueril y rancio y tortuoso, tiene que hacer esfuerzos semejantes á los del marino que sondea el grande Océano para sacar al cabo de muchas horas y fatigas un puñado de arena ó un manojo de algas. Así y sólo así concebimos, en escritos llamados arrogantemente filosóficos, desvarios como easi todas las notas y adiciones del *Ideal de la humanidad*, su obra maestra, de sus pobres discípulos embeleso, y de nosotros los simples mortales desesperacion. Aquellos *Mandamientos de la humanidad*, parodia impía de los de la Ley de Dios, plagio rastrero del *Catecismo positivista* de Augusto Compte, que acababa de publicarse en Paris (1852), divididos en generales y particulares, donde se desconoce por tal modo la nocion rudimentaria de lo que es particular y lo que es general, como la significacion de las palabras más comunes, no ya en estilo puramente literario, que esto podía ignorarlo impunemente Sanz del Río, sino en el filosófico, que era su especialidad; aquellos consejos al hombre de que *santifique á Dios y se santifique á si mismo* (1.º y 3.º), que entrañan un paralelo herético entre el Criador y la criatura, acaso por haber aplicado el verbo santificar sin conocer su significacion; aquel mandamiento de amar á todos los séres y á si mismo con pura inclinacion (8.º), como si no hubiera en nuestro idioma palabra más gráfica y expresiva para designar el amor del espíritu, huyendo de todo sentido material, que es justamente el que la inclinacion revela, por lo cual resulta doblemente inaplicable con el objetivo *puro*; aquellas recomendaciones de combatir la fealdad con la belleza (22), frases tan desnudas de toda metáfora, tan bajas é impropias, que parecen copiadas de un anuncio de cosméticos y perfumes; y todo aquello mezclado con los más disolventes apotegmas de la teoría panteística, como ordenar al hombre que niegue tributo á la fe y á la autoridad, é infundirle la esperanza de convertirse en Dios más tarde ó más temprano; todo aquel cúmulo de monstruosidades, para ser puesto en su verdadero punto crítico, exigiría mayores talentos que yo poseo, mayor espacio que el que me resta.

No concluiré, sin embargo, con el porta-estandarte de los germanófilos en España sin traeros á la memoria su famosa disertacion sobre el organismo científico-universitario de la sociedad futura, que hasta en documentos oficiales se ha querido parodiar recientemente, con ser el más rancio y ridiculo estrambote que al *Ideal de la humanidad* puso su traductor. A vosotros se os habrá caído el libro de las manos al llegar á tan estupendo pasaje, sin que os tomarais nunca la molestia de pensar por

qué; pero es preciso que apureis la amarga copa hasta las heces, penetrando conmigo en aquel dédalo de frases enmarañadas y de oraciones sin concluir, donde se repiten cien veces los más vulgares conceptos y los originales no se entienden ninguna vez; donde el único plan que el autor parece haberse propuesto es volver las Universidades á la Edad Media y convertirlas en behetrías, con su fuero especial científico y jurídico, incompatible con la armonía histórica-espiritual-natural á la vez, que para las demas instituciones de la sociedad regenerada preconiza. Ciertamente que ningun crítico imparcial debe haber penetrado hasta hoy en semejante mazmorra, donde el espíritu se asfixia y entonetece.

Tres son, segun el propagador krausiano, las instituciones interiores de la ciencia (¡instituciones interiores!) «que se relacionan particularmente con la »institucion científica (Universidad) llamando así la »sociedad humana para la ciencia.» Hélas aquí: «la Biblioteca, la Academia, la Cátedra.» (Al revés me las calcé, dirá cualquiera entendido.) Óigase ahora nueva y sorprendente doctrina sobre las tres instituciones.

A la Biblioteca nos la presenta buscando libros, junta en uno con el bibliotecario y en una sola persona confundidos, como si el bibliotecario no fuese de carne y hueso y la biblioteca de cal y canto. El mérito de los libros ha de clasificarse «sin juzgar »directamente de su valor literario, sino su relacion »histórica, y la que guardan con las producciones »contemporáneas, con el autor, como su padre, y »con el estado literario del pueblo y del siglo;» galimatías que en cristiano quiere decir, que se clasifique el libro con relacion á su época, á su autor y á la ciencia de que trata; lo cual si no resulta juicio crítico, y literario y directo, venga Dios y véalo. En cuanto á novedad científica, mucha más tiene cualquier artículo del Reglamento oficial de archiveros-bibliotecarios. A la Academia la llama «institucion personal» en unas partes, y en otras «particular y relativa,» como si pudiera ser duendina, á tenor de los entes del P. Fuentelapeña; la atribuye «fines muy varios, y cada cual propio,» sacándonos del error de que pudieran ser ajenos, y añade muy honroso que ha de «tratar cuestiones» y ha de «hacer consultas,» notabilísimo descubrimiento filosófico-administrativo, que dejará espantados á los oráculos de la Administracion española, Posada Herrera y Colmeiro. Finalmente, «la verdad hallada» en la Academia ha de tomar «forma exterior,» que es la cátedra, y en la cátedra ha de ser «expuesta (¡pásese el orbe!) en forma de doctrina científica,» y no en coplas de Calainos ni en récipe de botica. ¡Señores Académicos! ¿No es esto escribir por escribir, sin saber lo que se escribe? ¿No es esto amontonar palabras, como el minero amontona escoriales á la

boca de la mina, sin distinguir lo que es tierra de lo que es oro?

(El Sr. Barrantes concluye examinando la mision lingüística, que á sí misma se atribuye la escuela filosófica de Krause, y haciendo breves reflexiones sobre la manía de reformar los idiomas en que coinciden casi todos los visionarios filosóficos.)

LA SALVACION DE LAS CREENCIAS Y DEL IDIOMA
POR LA MUJER.

El discurso del Sr. Nocedal, aunque breve, puede considerarse dividido en tres partes; en la primera estudia la lucha entre la incredulidad y la fe; en la segunda señala orígenes comunes en España á la idea del progreso y á los principios filosóficos que rompen con la fe, y en la tercera indica á la mujer su noble mision en estos tiempos.

A fines del pasado siglo, dice, la protesta religiosa, convertida, cual era de esperar, en escéptica filosofía, pasó, como tambien era de suponer, á convertirse en orgía revolucionaria y sangrienta. El drama patibulario de la revolucion francesa fué combatido por toda Europa; pero sucedió que toda Europa, al combatirle, quedó con el contacto inficionada. Permitió Dios que un hombre de entendimiento gigantesco, provisto de todas las dotes de gran capitán, enfrenando, al parecer, la revolucion en su patria, la paseara en realidad triunfante por todo el mundo, esplendorosa con el brillo de sus vencedoras armas. Los soldados de aquel caudillo que, en apariencia, había restablecido el culto y levantado los derruidos altares, llevaron en las puntas de sus bayonetas, de nacion en nacion y de pueblo en pueblo, los funestos principios de la revolucion infernal que se gloriaban de haber aherrojado y vencido. ¿Quién tuvo la feliz idea de conocerlo y de oponerse denodada, tenaz y desesperadamente, movido por seguro irresistible instinto, á la invasion armada de las ideas filosóficas de la revolucion francesa? El pueblo español, este heróico y altivo pueblo, que sin saber á punto fijo por qué, sin explicárselo bien, sin hacer ni escuchar largas arengas que se lo pusieran de manifiesto, por intuicion, como movido por el dedo de Dios, dijo al soberbio, feliz y triunfador propagandista: *De aquí no pasarás*; y del propio modo que las soberbias olas del Océano no pasan nunca, ni en las más grandes mareas, del límite que las puso Dios con omnipotente dedo en blanda y movediza arena, y de allí retroceden rugiendo á las playas antípodas, asimismo el catóico pueblo en que vivimos dijo al coloso: «no llegarás á las columnas de Hércules;» y no llegó, y retrocedió sin parar y sin lograr momento de reposo, hasta la roca de Santa Elena.

Esto hizo España, no solamente para defender á una dinastía, no por conservar tan sólo su integridad, sino por conservar su fe y su unidad catóica, y por cerrar sus puertas á impías sectas y á intrusas filosofías.

Esto, y no otra cosa, fué nuestra guerra de la Independencia; para esto, y no para otros fines, dió Madrid el generoso grito de alarma en el memorable *Dos de Mayo*, y respondió sin vacilar España toda; para esto se llenaron de sangre nuestros campos y nuestros rios, los fértiles valles y las inaccesibles montañas. Por esta razon tuvieron por herejes casi todos los españoles á los invasores; por esta razon escribieron en sus banderas nuestros padres ¡*Dios, Patria y Rey!* Por esta razon se defendió Gerona tomando por caudillo á San Narciso, y se levantó á los cielos el nombre de Zaragoza, apellidando á sus innumerables mártires, y cantando de la Virgen del Pilar,

Que no quiere ser francesa,
que quiere ser capitana
de la gente aragonesa.

Unos cuantos ilusos, hombres de bien á carta cabal, mas por todo extremo cándidos, reunidos en Cádiz, encerraron en un Código los principios que traían en sus aceradas bayonetas las huestes invasoras; y defendiéndose heróicamente, como toda España, de las bombas y granadas enemigas, admitieron ¡ceguedad lamentable! los envenenados proyectiles políticos y filosóficos. En vano, en vano invocaron á la Santísima Trinidad; inútilmente confesaron que la religion catóica, apostóica, romana es la única verdadera: los principios filosóficos se han divorciado despues de la religion verdadera, y hoy los que se llaman hijos y herederos de los legisladores de Cádiz, ó eligen lo que ellos llaman libertad, dejando á un lado la fe de sus madres, ó desfiguran la historia de los santos, ó blasfeman de la Santísima Trinidad, á despecho de los que la invocaban al frente de su Código, ó conceden al error los fueros y franquicias que sus inadvertidos progenitores reservaban á la única religion verdadera.

¿Qué hay que admirar en todo esto? Principalmente un misterio profundísimo de la omnipotencia y sabiduría divina; un misterio digno de que se recuerde á toda hora, por consuelo de lo presente, como esperanza para lo porvenir; que del agrado de Dios fué siempre *ocultar muchas cosas á los sabios y prudentes, y revelárselas á los pequeños.*

Descuide el Sr. Barrantes, mi amigo querido y bien intencionado colega; descuiden los afligidos y espantados españoles que lloran con escasa esperanza de remedio: los prudentes nos han extraviado; los hábiles nos han confundido; nos han perdido los sabios; cuando Dios quiera nos han de

salvar los pequeñuelos. Entónces todos en España adorarán á Dios con el culto de la religion verdadera, y se hablará, sin mezcla de jerga extraña, el idioma rico, armonioso, enérgico y cristiano de Fr. Luis de Granada y de Santa Teresa, de Lope de Vega y de Cervantes. Va lo uno con lo otro, y todo lo ha de salvar Dios por ministerio de los pequeñuelos.

Por lo pronto diré, á riesgo de que se rían los que se apellidan sabios y de ignorante me motejen, que hay fundada esperanza, pudiera llamarse seguridad completa, de que la lengua de *La guía de pecadores*, la de *Los nombres de Cristo*, la de *Las moradas*; en fin, la lengua castellana, será conservada del inficionamiento krausista por unos pequeñuelos que se llaman las mujeres.

No llevareis á mal, vosotras las que honrais este acto con vuestra presencia, que os llame *pequeñuelos*. Nada hay más fuerte que lo débil; nada más grande que la piedrecilla que derribó la estatua de Nabucodonosor. Pequeñuelas sois en comparacion de los sabios y filósofos; lo sois, sobre todo, en el sentido del Evangelio; lo sois, y lo habeis de ser, en el sentido de salvadoras providenciales de una sociedad que vuelve la espalda á Jesucristo.

Ni es la vez primera que lo digo, ni es por galantería, sino que mueve mis labios conviccion fuertísima y desapasionado juicio. De quien espero yo en la época tristísima que atravesamos la salvacion de España, de sus creencias, de sus tradiciones, y por consecuencia de su idioma, es de las mujeres, que saben la doctrina cristiana, y ponen en manos de sus hijos el sencillo y profundísimo catecismo del P. Ripalda, ó el precioso libro compuesto por el P. Astete. Ellas saben, y nos enseñan, y seguirán enseñando á las generaciones venideras, que *Dios es un Señor infinitamente bueno, sabio, poderoso, principio y fin de todas las cosas*; y se rien, y se reirán perpetuamente de ese *Mundo-Dios, emanacion necesaria y efusion continua de la sustancia de lo absoluto*, como dicen los panteistas disparatadamente; de ese Dios *que contiene en bajo mediante sí el mundo*, como añade Krause, en mal castellano por añadidura, porque no se presta el castellano á definir correctamente otro Dios que el verdadero.

Cierto que los muchachos salen del hogar doméstico, y son llevados á unos pozos de ciencia en que, á expensas del Estado, se les enseña filosofia krausista; que tanto vale como decir que se les enseña á renegar de la sencilla y sublime fe de sus madres, y á considerarlas como ignorantes por no saber más que la doctrina cristiana. Pero aún con este grave tropiezo, que es justo deplorar miéntas extirparse no pueda, no se ha perdido todo, aunque se haya perdido muchísimo. Es posible, y aún probable, que el que de niño escuchaba embebecido á su madre,

se ria cuando jóven de sus santas enseñanzas, siguiendo las lecciones de científicos maestros y doctores. Pero el dia ménos pensado se apodera de su corazon el amor de una mujer; por ella suspira y vive; por su amada rie y llora, y enfurécese celoso, ó tiembla de ternura enamorado. Pues en esa hora recobra la mujer su cetro, y miéntas permanezca cristiana, no hay más remedio que hablarla en cristiano. La mujer, en tal momento, sigue siendo conservadora de las creencias del pueblo español y de su habla hermosísima; porque el apasionado jóven, extasiado de amor, olvida á los doctores, y vuelve á aprender que hay Dios que tachona de estrellas el cielo y cubre los campos de flores incomparables; que Dios, crucificado, redimió de la servidumbre del pecado al género humano todo entero, y que, además, sacó á la mujer de la abyeccion miserable en que vivia; y lo que no lograron ni el cielo con su rico manto de estrellas, ni el campo con su alfombra de lirios, violetas y rosas, consíguelo la sonrisa de la mujer amada, y todo en ella le parece encantador, bellissimo y casi divino, y exclama entusiasmado y gozoso: Gloria al Dios de las Vírgenes y de los castos amores; gloria al Dios humanado, que ennobleció á la mujer; gloria al Hijo de la Virgen que elevó el matrimonio á sacramento; bendito sea Aquél que santificó la familia, uniendo *uno con uno, y para siempre*.

No haya miedo que la requiebre de amores en algarabía krausista; no hay temor de que la hable del *yo mismo reconocido en la conciencia y á distincion determinada del cuerpo, que como le consideramos propia y primeramente en nuestro sér y propiedades, las puras nuestras interiormente sin necesaria atencion en este al cuerpo y lo tocante á él considerado, no haciendo esto primeramente á nuestro propio sér—sér de espíritu y conciencia—sino solo al cuerpo y nuestro conocimiento de él, como conjunto é íntimo conmigo*.

Si cosas tan estupendas viniese á decir un enamorado, la señora de sus pensamientos, por mucha gana que tuviera de casarse, le recibiría y contestaría con una carcajada. Y este burlon alborozo de la solicitada prenda de su alma, es gran conservador del patrio idioma; que ni consiente el amor verse traído y llevado con tan enrevesados términos, ni olvidan nuestras bellas y despejadísimas españolas que el engaño y la falsía van siempre envueltos en oscuras palabras; saben que en buen romance y mejor castellano aprendieron la verdad en el catecismo, engrandecedora, sencilla, clara, sublime; y quieren el castellano, y no algarabía que las suena á matrimonio civil y á casamiento á espaldas del cura y por detrás de la Iglesia.

Es necesario que el enamorado olvide á sus doctores y recuerde á su madre; deje á Krause y á sus

discípulos, sus filosofías y sus estrambóticas frases, y diga á su amada estas ó parecidas palabras:

¿Por quién me encuentran velando
las aves cuando amanece?
¿Qué está en mi alma pasando
que me halla siempre llorando
la luna cuando anochece?

La fuente clara y serena,
las parvas llenas de trigo,
mi huerta de flores llena,
todo sin tí me da pena,
todo me alegra contigo.

Como mi amor extremado
no hay en todo el mundo dos;
más que á mi madre te he amado,
y si no fuera pecado,
te amaría más que á Dios (1).

No es maravilla que las mujeres sigan fieles á Jesucristo, aunque le vuelva la espalda el filosofismo reinante. ¡Tienen tanto que agradecerle! Y ellas, que obran por sentimientos y afectos del corazón, é impulsos nobilísimos del alma, le guardan la gratitud que le deben. Nosotros solemos lavarnos las manos, esquivar compromisos, evitar peligros, ó temer burlas; ellas, entre tanto, despreciando todo eso, que en efecto vale poco, siguen la tradición de aquellas *santas mujeres* que acompañaron á la Virgen en el Calvario, y fueron con aromas á buscar á Cristo en su sepulcro al amanecer del tercer día. El ángel del Señor, cuyo aspecto era como un relámpago, y sus vestiduras como de nieve, les dijo á ellas, y en ellas á cuantas sigan su camino: «*No temáis vosotras, porque sé que buscáis á Jesús que fué crucificado.*» Y con efecto, no temieron ni dudaron; ni ahora dudan ni temen, ántes bien nos dan ejemplos que nosotros no imitamos; unos por temor, otros por mala vergüenza, y otros, que son los peores, por echarla de sábios no queriendo repetir lo que dicen las ignorantes mujeres. ¡Pobres semisábios, ciegos y verdaderos ignorantes! Huyendo del clarísimo hablar de la mujer, que es ahora el *pequeñuelo* del Evangelio, inventan disparatadas frases y locución tenebrosa, para pasar como descubridores de un mundo hasta hoy desconocido; y no saben que hace veinticuatro siglos que los retrató de cuerpo entero el Rey Profeta en aquellas inolvidables palabras: «*Dijo en su corazón el necio é ignorante, no hay Dios.*» Dicenlo hoy muchos ó dánlo á entender con frases tenebrosas, desportillando el muro que defiende y engrandece á la sociedad humana. Pero abandonado lo más importante de la fortaleza al femenino, devoto sexo, defién-

dele con valor incontrastable, con sencilla tranquilidad, con perseverancia pasmosa.

(El Sr. Nocedal concluye saludando á la mujer española, tipo de la mujer cristiana, en quien fia la conservación de las creencias de esta católica tierra y de su cristiano lenguaje.)

MISCELÁNEA.

La hemospasia.

El doctor Junod acaba de publicar en Paris por orden del gobierno una obra que está llamada á ejercer gran influencia en el estudio y progreso de una parte muy importante de la medicina.

El doctor Junod es el principal iniciador de un método, fecundo en aplicaciones, al que se ha dado el nombre de *hemospasia* ó *aeroterapia*. Sabido es que consiste en sustraer á la presión atmosférica normal una parte más ó menos extensa de la capa cutánea por medio de aparatos especiales que forman el vacío hasta un grado conveniente.

El libro es un resumen del método y la historia de la hemospasia, con detalles técnicos del procedimiento operatorio, exposición doctrinal, observaciones clínicas y documentos oficiales y pruebas justificativas; partes diferentes, ligadas entre sí, que constituyen una obra importante y completa.

Aunque los efectos fisiológicos constituyan el objeto real de una medicación, son, sin embargo, muy importantes para el médico, porque le guían, le esclarecen y le preservan de un ciego empirismo. Esos efectos demuestran cómo la hemospasia obra sobre las grandes funciones de la economía, cuya energía reprime y debilita momentáneamente. Su misión es la de un poderoso modificador que debe ser clasificado entre los contra-estimulantes más activos. Es verdaderamente sorprendente la facilidad con que el médico puede provocar á su voluntad la traspiración ó el sueño, dos resultados importantes que á veces se intentan en vano empleando todos los recursos de la materia médica.

Las enfermedades en que el doctor Junod ha empleado su método con grandes resultados son principalmente las congestiones, las flegmasías, las neurosis y las hemorragias, todas las cuales han encontrado en la hemospasia un paliativo y algunas veces un medio curativo.

La hemospasia no descansa sobre dogmas y teorías; se apoya principalmente en la experiencia; así es que el doctor Junod ha recogido y presenta en su obra una larga serie de observaciones clasificadas metódicamente, con un índice muy útil para el médico que quiere buscar cómodamente casos análogos á los que se le presenten. En esta revista clínica están representadas igualmente la medicina y la cirugía en sus acepciones generales y en sus diferentes especialidades.

(1) *El Juez de su causa*, comedia en tres actos, por un ingenio de esta corte.